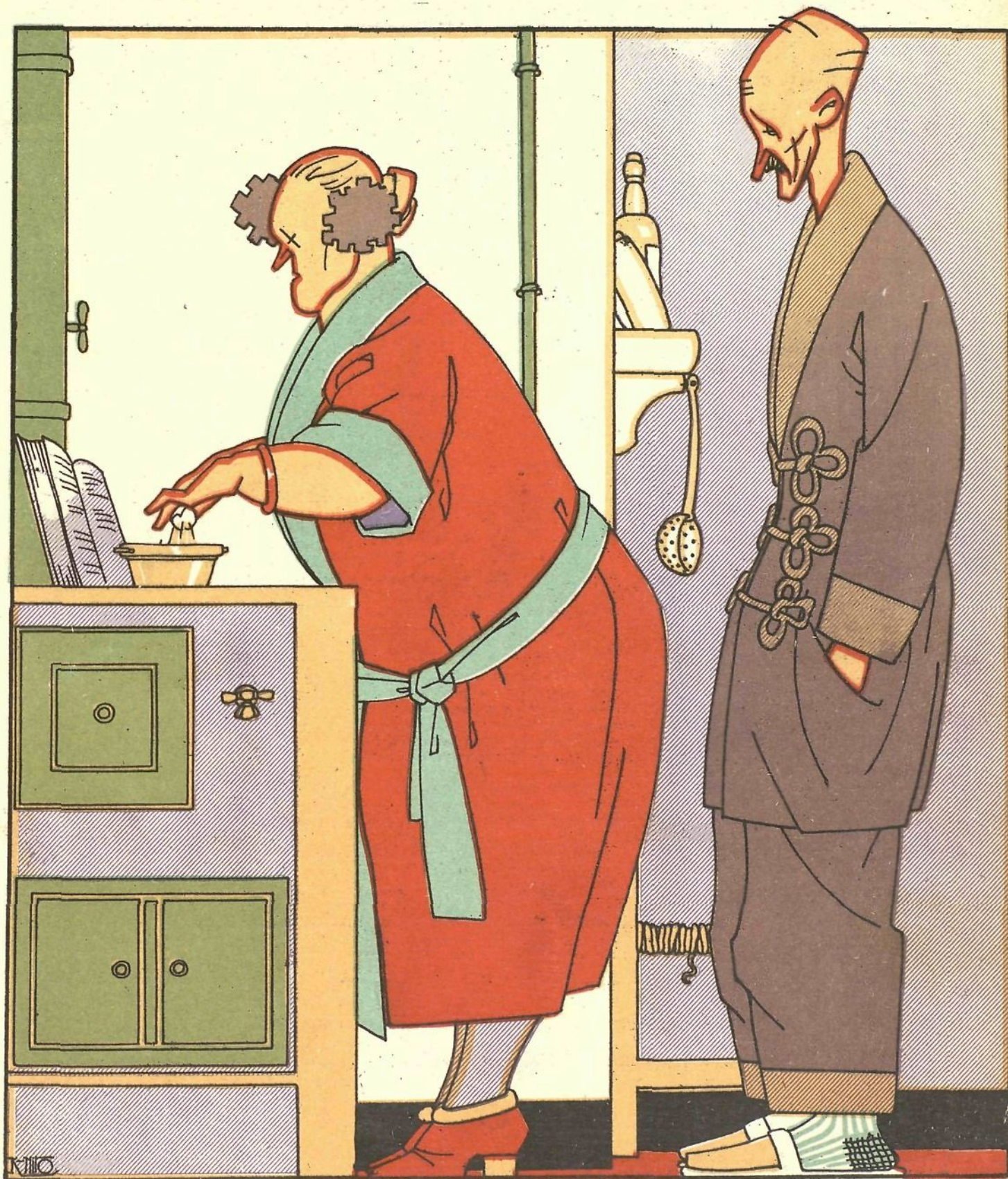


BUEN HUMOR



Dib. de K. Hito.—Madrid.

—Verás, Periquín; merced a este libro, qué de nuevos guisos...
—Oye, rica. ¿Por qué no haces primero la prueba con una rata?

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Continuamos la publicación de los chistes recibidos para nuestro concurso permanente.

Como ya hemos dicho repetidas veces, para tomar parte en este concurso es condición indispensable que cada envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón, y precisamente firmado por el remitente, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado.

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— *Uno que padezca del estómago, ¿a quién le debe pedir la moto para ir más cómodo?*

— *A un amigo que se llame Carlos, porque así lleva el said de Carlos.*

CALDERONY. — Málaga.

En un examen de Preceptiva literaria.
PROFESOR. — *Dígame qué es lira.*

ALUMNO. — *Un instrumento de música.*

PROFESOR. — *¿De modo que lira, en términos literarios, es un instrumento de música?*

ALUMNO. — *Sí, señor.*

PROFESOR. — *Bueno; pues entonces, puede usted marcharse con la música a otra parte.*

ZI-PI-ZA-PE.

Entre amigos.

— *¿Vienes a cenar a la Cuesta?*

— *¿Qué cuesta?...*

— *La de las Perdices.*

— *No; si digo la cena.*

L. AJA. — Madrid.

— *¿Qué tal fué la función de escamoteo que viste anoche?*

— *¡Chico, soberbial! El prestidigitador es un artista asombroso. Figúrate que me pidió una moneda para hacer un juego, le di un duro falso y me devolvió otro bueno.*

KALAMAR. — Madrid.

Examen de Aritmética.

— *A ver, niño. ¿Qué le quitaremos a la cantidad ciento veintitrés para que quede en doce?*

— *¡El tres!...*

R. U. A. — Tetuán (Marruecos).

— *¿Cuáles son los empleados más to-reros?*

— *Los del ferrocarril, porque siempre están entre maletas, viajan con pases, oyen pitar a menudo, y andan con banderillas y faroles.*

GORDILLO. — Briviesca.

— *¿En qué se parece un cuchillo de ma-dera a un rey destronado?*

— *En que no tiene corte.*

ELENITA Y PILAR. — Madrid.

Examen de Gramática.

Acaba de escribir el maestro en el encerado la palabra arrear. Después interroga a Rupertito:

— *¿Cuál es la tercera persona del singular del presente de indicativo de este verbo?*

RUPERTITO (rascándose la cabeza). — *La tercera persona es... arreo.*

LOS DISCÍPULOS (a coro). — *¡Arrea, y qué brutal!*

RUPERTITO (coloreándosele las mejillas). — *Me he equivocado: es... arreas.*

TODOS (gritando). — *¡Arreando, y qué animal!*

EL MAESTRO (fuera de sí). — *¡Sooooo! ¡Silencio! ¡Parece enteramente que estamos en una cuadrat!*

El más adelantado de la clase, tirando por detrás del delantal de Rupertito:

— *No seas cernicalo; di arrea.*

RUPERTITO (muy desenvuelto). — *¡Díarreal... Es que me equivoqué endenantes (?).*

ANTONIO GONZÁLEZ RUIZ. — Madrid.

— *¿Por qué fueron los franceses y los alemanes a la guerra?*

— *Por curiosidad. Los franceses, por ber-lín, y los alemanes, por ver-dun.*

M. CASTÉLLS M. — El Escorial.

Diálogo en una rifa verbenera.

— *¿A que no sabes lo que me ha tocado anoche?*

— *¿El qué?*

— *Un despertador.*

— *¡Vaya una cosa! A mí me toca uno todas las mañanas.*

G. G. GULLÓN. — Madrid.

— *¿En qué se parece un acomodador a una taza de té?*

— *En que sienta bien a cualquiera.*

PETRONILO RODRÍGUEZ.

El premio del número anterior ha correspondido a **Santiago Santacrén.**

En estos días es cuando más indicado está el uso
de los famosos POLVOS INSECTICIDAS de

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE

== Bases para nuestro concurso de julio. ==

Primera. Se concederán tres premios a los concursantes que envíen el mayor número de soluciones exactas a los pasatiempos que se publicarán en los números de BUEN HUMOR correspondientes al mes actual.

Dichos premios serán:

1.º **Un billete de lotería** para el último sorteo del próximo agosto.

2.º **Medio billete de lote-**

ría para el mismo sorteo que el anterior.

3.º **Suscripción gratis por un semestre** a BUEN HUMOR.

Segunda. Si varios de los concursantes reinitiesen igual número de soluciones exactas, se sortearán entre ellos los premios correspondientes.

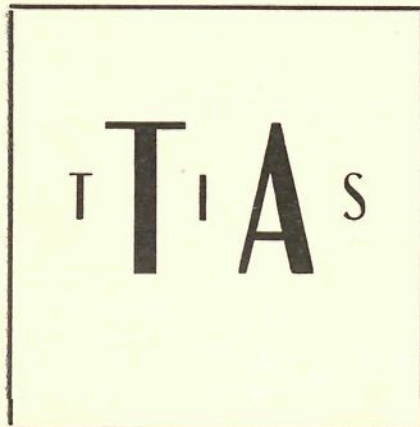
Tercera. Todas las soluciones habrán de remitírsenos reunidas, al mismo tiempo, antes del día 10 de agosto, haciendo el envío por correo precisamente, a nuestro apartado número 12.142.

Cuarta. Para optar a los pre-

mios será condición indispensable enviar las soluciones acompañadas de los cupones correspondientes al mes de julio, insertos en la página 22. A los *suscriptores* de BUEN HUMOR les bastará con indicar esta circunstancia al remitirnos sus pliegos.

Quinta. En nuestro número correspondiente al día 20 de agosto se publicarán todas las soluciones, los nombres y domicilios de los concursantes que las envíasen completamente exactas y los de aquellos que resulten agraciados con los premios.

23. — Jeroglífico insurrecto.



24. — Sobrio.

— ¿Me das *prima segunda-cuarta*?

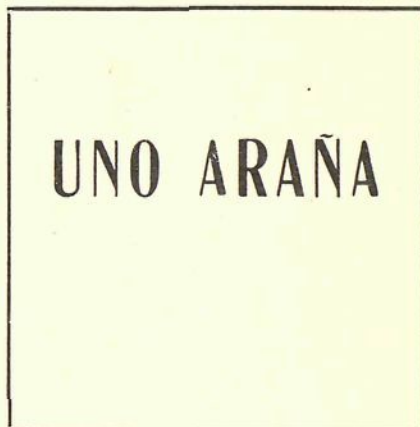
— ¿Qué *segunda-prima*?

— *Prima* que usaste para arreglar el juguete *dos-tres-cuatro* de Pepito.

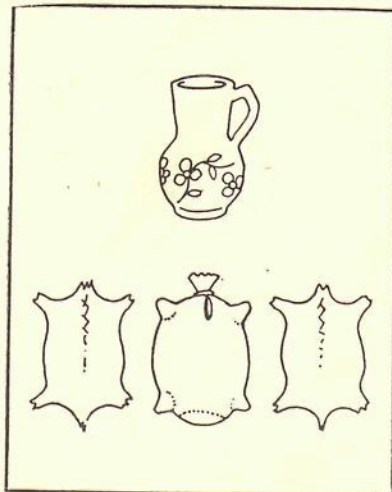
— No te entiendo.

— ¡Pues no creo estar nada *Todo!*

25. — En incubación.



26. — De trigo.



27. — Chulapería criptográfica.

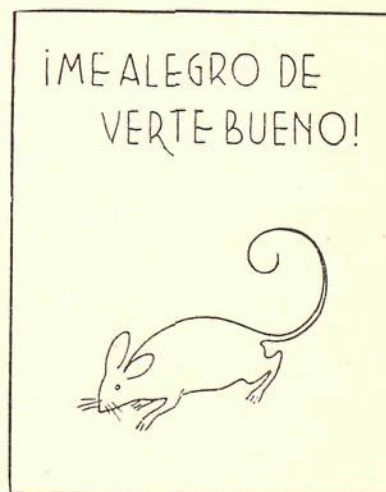
El señor R no es persona de este periódico. Se trata de un hombre de «mal humor». (*Risas de los «perdettiempistas».*)

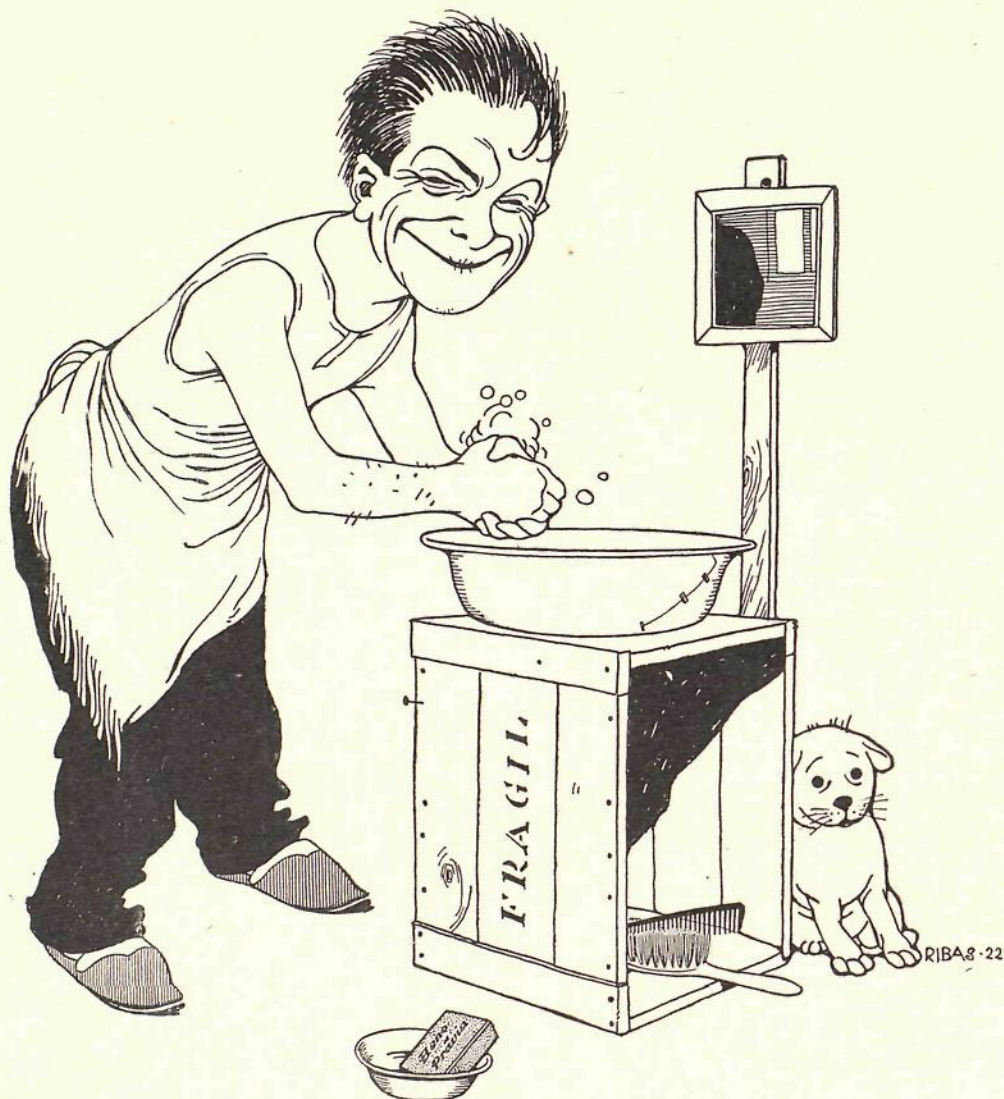
Figuraos que el otro día sale de la oficina, llega a casa, se sienta a la mesa, se enfada con la comida, y, al dar un brutal puñetazo, de la sopa de letras saltan a los rostros atemorizados de esposa y chiquillos los siguientes *tipos*, todos ellos de bastante «mejor pasta» que el energúmeno cabeza de familia:

G I P I
U N U N

Advirtiéndolo — ¡oh extravagancia! — que una de las *cos* UES, sin ser de confitería..., ¡¡¡tenía crema!!!

28. — Minucia.





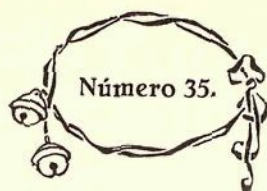
¿Que importa el lavabo si el jabón es
H E N O D E P R A V I A !!

Limpia, suaviza y perfuma.

PASTILLA 1.50

en todas las perfumerías, droguerías y bazares.

P E R F U M E R I A G A L - M A D R I D



EL BUENO Y EL MAL VERANEO

DEBE veranearse? Indis-
cutiblemente, sí;
pues no es cosa de
llevar la contraria
a la Naturaleza y,
cuando viene el vera-
no, decir: «Ahora lo
que voy a hacer yo
es invernar.» Hay que aceptar el ca-
lor, el sombrero de paja, la horcha-
ta y las caprichosas explicaciones
que dan los que se quedan en
Madrid.

¡Las veces que se habrá repitido
la frase de Silvela: «El verano en
Madrid, sin familia y sin dinero,
Baden-Baden!» Esto lo dicen ya
hasta los casqueros de la calle del
Mediodía Chica, y siguen
diciéndolo infinitos seño-
res que se quedan en la
Corte, sin dinero y rodea-
dos de todos los indivi-
duos familiares, que el año
entero son a darle la lata
y a disputarle el *bistecue*,
como también decía el ci-
tado Silvela.

¿Por qué tomamos tan
a pecho lo del calor y huí-
mos de él, como si se nos
presentara queriendo co-
brarnos una cuenta? No
parece sino que somos
sorbetes de mantecado o
fresa y el Sol puede derre-
tirnos.

Todo el año hablamos
del fogoso discurso, de los
calurosos aplausos, de
unos ojos que echan fue-
go, de que *abrigamos* ta-
les intenciones, de que to-
mamos un asunto con ca-
lor, y de otra porción de
cosas que son para sudar
copiosamente cuando lle-
ga el estío, y parece que
deberíamos estar encanta-
dos, por hallarnos en nues-
tro propio elemento. ¡Zas!
Buscamos dinero, aunque

sea falso; hacemos a escape las
maletas, y nos trasladamos adonde
creemos hallar un poco de fresco.
¡Caray! ¿No hemos renegado del
invierno y de sus inclemencias? En-
tonces, ¿por qué ir a buscarlo de
nuevo?

Lo que sucede es que el veraneo
constituye un artículo de lujo, como
los langostinos, las pulseras mas-
culinas o el apuntar un duro al
cuadrante del 17, y nadie se resigna
a pasar ante los ojos de sus con-
ciudadanos como un desgraciado
que no tiene catorce pesetas para
chapuzarse en el mar.

¿No han notado ustedes la cara
de conmiseración que adoptamos

durante la canícula? En cuanto
vemos a un conocido, adoptamos
un aire de lástima hacia el que
vemos, como diciendo: «¡Pobre
Mindiundi, no ha podido salir este
verano!» Sin darnos cuenta de que
esa reflexión la hacemos los que
tampoco hemos salido, puesto que
estamos frente a Mindiundi.

Veranear es una serie de ilusio-
nes inacabable. Adquirir el kilomé-
trico o el billete con rebaja es algo
así como la concesión de la cruz de
Carlos III libre de gastos; comuni-
car a los amigos la partida, el re-
volcarse por el suelo lleno de feli-
cidad, y, por último, el ingreso en
el tren y llegada al punto elegido, el
aseguramiento de la feli-
cidad eterna.

¿Es realmente un goce
extraordinario el instalar-
se en un lugar veraniego?
¡Ah, señores! De eso, ha-
bría mucho que discutir;
porque mientras no se lle-
ve la cartera bien repleta
de billetes y cheques y el
estómago forrado de cinc,
se expone uno a que la
temporadita sea más bien
de sufrimiento que de ale-
gría. Ir a veranear modes-
tamente, es hacer el más
espantoso de los ridículos;
algo así como usar botines
a cuadros, declararse de
Melquiades Alvarez o te-
ñirse las cejas. Usted va a
veranear en San Sebas-
tián, por ejemplo, y se alo-
ja en una casa de huéspe-
des, modesta por el trato,
pero de consideración por
lo que ha de pagar; pues
la primera vez que insinúa
su inclinación hacia los
chipirones — que le *disen*
por allí a los calamares —
y el agrado con que los co-
mería, la patrona, que for-
zosamente ha de llamarse



Dib. SILENO. — Madrid.

doña Ignasia, le mira con aire compasivo, como diciendo:

— ¡Lástima de señor!... ¡Parecía tan buena persona, y está chiflado de la cabeza o así!

En los puertos de mar no se come pescado; en los sitios de la montaña, los peces son inaccesibles; y así sucesivamente todo para el que no tiene dinero. Veraneando en estas condiciones, le picarán las pulgas, le molestarán las moscas, los pulmones se le cerrarán por no respirar aire puro, los pies se le hincharán a fuerza de pasear por sitios gratis, y el estómago se le llenará de bazofia indecente. ¿Que ha veraneado usted?... ¡Un cuerno!...

A. R. BONNAT

EN VOZ ALTA El mundo se tambalea.

La Tierra va a terminar de un momento a otro (eso nos dice un mago de la India), y nosotros aquí, tan tranquilos, como si nada fuera a pasar.

Es necesario que estemos todos apercebidos para que, cuando llegue el momento de la terrible catástrofe, no hagamos el canelo.

Menos mal que se han preocupado ya hace mucho tiempo de facilitarnos el programa del espectáculo íntegro, en un libro antiquísimo, del cual, después, un señor, D. Gonzalo de Berceo, entresacó lo más importante para nuestra mayor comprensión.

Voy a reseñar lo que sintetizó don Gonzalo, para que en el tranvía o mientras le afeitan pueda ponerse al corriente de lo que ha de acontecer días antes

de que la Tierra estalle como un petardo. Así se evitará una impresión demasiado brusca.

✂ ✂ ✂

Antes del final de la Tierra — de la Tierra o del Universo; porque, para nosotros, si la Tierra estalla, es como si el Universo entero estallase; si se hunde su piso, para usted, como si se hundiera toda la casa — ocurrirán grandes hechos que lo anunciarán.

«... ante del juicio, del juicio cabdal, vernán muy grandes signos, un fiero temporal, que se verá el mundo en premura mortal.»

Esto dice D. Gonzalo, el famoso extractista.

El primer signo hará cavilar al político más político de nuestra política.

«Subirá a las nubes el mar muchos estados, más alto que las sierras e más que los collados, tanto que en sequero fincarán los pescados.»

Además, el mar se quedará como un carambano, y luego, más bajo que la tierra.

(Como se ve, estas primeras señales son completamente marítimas.)

En el tercer día los pescados comenzarán a saltar sobre las aguas, «metiendo grandes voces»; las aves chillarán también, y las bestias «por domar e domadas» saldrán disparadas de sus cobijos, como si llevasen la mosca, y no podrán tornar a ellos.

El cuarto día se inundará la tierra, pues los ríos y los mares se saldrán de madre.

Pero a todas estas señales superará la del día quinto, en el cual las hierbas y los árboles sudarán sangre abundante, como no lo hubiese imaginado el mismo Anglada, y «los que non lo vieren serán de grant ventura».

Después de esto se sucederán otros terribles males.

Todo se pondrá «negro e carboniento»; habrá grandes terremotos muy bien organizados; los hombres irán de aquí para allí, enajenados y sin poder hablar (nada dice D. Gonzalo de las mujeres), y los esqueletos quedarán al aire libre, con lo que habrá más calaveras que de ordinario.

Por último, se verán volar llamas por el cielo; las estrellas caerán, sin poder ya acordar sus sonos pitagóricos, y los hombres morirán en grandes masas.

Al fin, todo arderá y «non fincará coejo en cabo nin en mata».

Don Gonzalo añade:

«El día postrimero, como dice el Propheta, el Angel pregonero sonará la corneta. Oyrló an los muertos, cada uno en su capseta, correrán al juicio quisque con su maleta.»

Para concluir: esto de la maleta a nadie debe extrañar, pues se trata de un viaje.

Del viaje eterno.

FRANCISCO DE TROYA.



Dib. CAVACHO. — Valladolid.

ELLA. — Tengo el capricho de probar algún percebe.

EL. — Descuida, que, estando yo a tu lado, lo tendrás.



Dib. ZAMORA. — París.

LA ACTRIZ GORDA. — *Pues yo, hija mía, cuando me anuncian el début, estoy segura de llenar el teatro.*

LA ACTRIZ ESBELTA. — *¡Naturalmente!...*

"BUEN HUMOR" EN PARÍS

Crónicas absolutamente veraces de un viajero regocijado

XIII

En mi crónica pasada creo que tuve el honor y el gusto de poner en conocimiento de ustedes que, habiéndome encontrado de manos a boca con Poincaré, y habiendo tenido la gentileza de saludarle, había sufrido el amargo desengaño de ser despreciado por el gran político, que, al no responder a mi galantería, demostró bien a las claras que *la política* le tenía sin cuidado..., por lo menos en la calle.

Referí también que, a los pocos instantes de tan horrorosa humillación, hallé un inesperado, pero pistonudo consuelo realizando la conquista de una muchacha de la localidad, que, a pesar de no haber andado a pie ni la mitad que yo, cayó *rendida en mis brazos*... Resumen: que Poincaré no me hizo caso; que la francesita sí me hizo caso; que yo preferí que ella me hiciera caso a que me hiciera caso él, pues aunque él me hubiese hecho caso no me habría servido para el caso... ¡Y, en una palabra, que fui feliz, y hasta tuve la magnanimidad, propia del generoso corazón con que Dios me ha obsequiado, de perdonar la ofensa a Poincaré y de renunciar a enviarle los padrinos, cosa a que estaba completamente decidido!...

También les narré a ustedes la deliciosa escena en que, para darme a conocer a la joven dueña de mi albedrío, la entregué una tarjeta, pero no mía, sino del matador de toros *Nacional II*, lo cual hizo que la francesilla se pusiese más

tierna y se acabase de rendir, hasta tal extremo que tuve que tomar un coche... Ya en el interior de *la voiture*, determiné que diésemos un paseo por los Campos Elíseos, pensando que mi dulce compañera podía luego darse pisto con sus conocimientos, diciéndoles que había hecho el paseo con *Nacional II*...; y tan convencido iba yo de mi papel, que me olvidé de mi propia personalidad y acabé creyéndome que era yo el fenómeno de la actual temporada... Tan es así, que, hablando conmigo mismo y expresándome la satisfacción que sentía por haber enloquecido a una muchacha guapa, me dije con gozoso acento:

— ¡Te ha caído la lotería, *Nacional*!...

Ya supondrán ustedes que, puesto en ese plan (y aceptando la invitación que me hizo la susodicha joven, de cenar con ella), a las pocas horas y con toda solemnidad tuve el gusto de darle la alternativa...

En conclusión: que cenamos en el *Restaurant Paillard* (ciento catorce francos); que tomamos el café en el *Glacier-Napolitain* (cuatro francos); que hicimos la digestión en el *Hôtel Discret*, donde ella se hospedaba (cincuenta francos), y que llegó el momento triste, pero necesario, de que yo me despidiese, agradeciendo a mi amable compañera la amistad que me había dispensado.

La despedida fué breve y elocuente; lo contrario de los discursos de La Cierva...

Yo dije con galantería, y estrechando la suave mano que ella me alargaba:

— ¡He tenido mucho honor!...

Y ella me respondió, ruborosa y conmovida:

— ¡Lo mismo me ha pasado a mí; pero hace ya bastante tiempo!

XIV

Este amor naciente me inspiró serios temores, y resolví arrancarlo de mi pecho, ahogando mis angustias con el alcohol..., para lo cual me di una fricción de idem alcanforado que a los pocos minutos me dejó *más fresco* que Romanones... Al propio tiempo recobré mi pérdida personal, y dejé de ser *Nacional* para continuar siendo extranjero...; y al día siguiente, y después de un sueño de diez y seis horas (que es lo que dormimos todos los españoles desde la promulgación de la ley de las ocho horas de trabajo), desperté completamente curado de mi fatal pasión, y me dispuse a continuar mis investigaciones a través de París y arrabales circunvecinos.

La mañana estaba tan hermosa como Gloria Laguna, y más templada que la guitarra de un ciego; y lleno de optimismo, me lancé a las calles, acabando mi peregrinación en la *porte de Clichy*, en donde me chocó el ver una inusitada abundancia de personas de ambos sexos y de todas edades, que, con caras de fiesta, tomaban unos tranvías marcados con las iniciales A. C. y de unos veinticinco años de edad, cuya identificación me fué imposible hacer con tan escasos elementos... Ahora bien: como el perfecto turista debe ir a todas partes, aunque no haga falta en ninguna, y no debe dejar de ir, aunque no sepa adónde va, tomé uno de los misteriosos tranvías (porque tomar dos me hubiera sido más difícil), en compañía de unas cien personas (varias de ellas *curdas*, a pesar de lo temprano que era), y me dispuse a seguir el camino de la alegre muchedumbre.

A la hora y tres cuartos de recorrer calles, plazas y bulevares, que, según me aseguraron bajo palabra, ya no pertenecían a París, sino a Clichy, Asnières y Colombes (poblaciones más pegadas a la capital que un percebe a su domicilio), llegó el tranvía al final de su viaje, que era, por lo que pude averiguar, la risueña villa de Argenteuil.

— ¡Ahora voy a saber lo que vengo yo a hacer aquí!... — me dije, lanzando una ojeada por las inmediaciones de mi persona... Y como consecuencia indudable de mis observaciones pude afirmar a los dos minutos, y sin temor a equivocarme, que en Argenteuil había fiestas... Las calles estaban llenas de banderas y colgaduras, y las terrazas de los cafés atestadas de consumidores; el aire fresco que venía del Sena era oloroso y



PLAZA DE LA CONCORDIA Y PUENTE DE LA "MÊME CHOSE"

Quiero decir puente de la Concordia también; pero lo he dicho de esta original forma, porque no me gusta repetir, ni bebiendo vino ni escribiendo en prosa... En esta placita fallecieron en la guillotina Luis XVI, su distinguida esposa, Robespierre, Danton, Carlota Corday y otras dos mil ochocientas personas más, que no nombro por falta de espacio y por si alguna se molesta al ver que la omito...

puro (al café, por desgracia, no le sucedía lo mismo)...; en el río navegaban multitud de botes, a remo y a vela..., y había algunos que iban a dos velas (yo, por ejemplo)... Conclusión: que el río también estaba lleno de *bote en bote*... Y en el paseo principal (es decir, en el paseo *bajo*) de Argenteuil, que está a la misma orilla del Sena, había instalada una feria, con ribetes de verbena y gotas de *kermesse*, donde la muchedumbre bailaba, se subía a los tíos vivos, comía pasteles de forma y sabor indefinibles y tarareaba el *Mon homme*...

Se van ustedes a reír (y lo siento) cuando les diga lo que se conmemoraba en las fiestas de Argenteuil; pero lo voy a decir: primero, porque es rigurosamente cierto; y segundo, porque me da la gana. ¡Se estaba celebrando el Centenario del Espárrago!...

Sí, señores... Argenteuil es a París lo que Aranjuez es a Madrid... Todos los *pericos* que van a París son de Argenteuil (parece imposible que en Argenteuil haya tantos, ¿verdad?), y resulta que el 9 de julio de 1822 fué el día glorioso que se plantó el primer espárrago, como si dijéramos la Eva de los *pericos* franceses. ¡Este magno acontecimiento es el que se festejaba con la alegría y bullicio que he tenido el talento de saber describir!...

Excuso decir que procuré hallarme presente en todas las ceremonias y festivales organizados por el Ayuntamiento de la población, y que conocí a la Reina de Argenteuil, graciosa joven del comercio de esta villa, que presidió todos los actos oficiales y todos los regocijos públicos. Me enteré de que el Consejo Municipal de Argenteuil había invitado: al Ayuntamiento Libre (?) del *Pont de la Puce* (traducción, para que ustedes se enteren: *Puente de la Pulga*); a la República de Orgemont, y a las Sociedades musicales de Houille, todos pueblos muy honrados, aunque yo no vi la capa...

Pero lo que más me gustó fué la cabalgata, que resultó preciosa, aunque un poco corta: primero iban dos tíos, con cara de padres de familia (se puede ser tío y padre al mismo tiempo), tocando unas trompas de caza fenomenales; detrás iban varios gendarmes a caballo, y luego una magnífica colección de bicicletas adornadas de flores, quizás para disimular el olor a vino que lanzaban los ciclistas...; inmediatamente después una estupenda carroza con un espárrago de tal tamaño que hubiese asustado a la propia Cachavera, y a su lado un pobre hombre, vestido de *Charlot*, que escoltaba muy serio al enorme *perico*, que fué saludado por el público con un grito entusiástico de *Vive la gloire régionale*!... Luego vi varios bomberos en fila (me dijeron que eran de Orgemont), y detrás de ellos el Ayuntamiento en pleno, con levitas y un bombín cada uno en la cabeza, cosa que yo hubiera rectificado de ser el organizador

de la cabalgata, pues el bombín lo debieron haber llevado los bomberos, que era lo lógico... Lo que no era tan lógico es que los bomberos figurasen en una diversión pública, mientras en Orgemont se podía quemar una casa al mismo tiempo que ellos se estaban solazando... Llevaban su banda de música que, aunque lo natural es que no supiese tocar más que a fuego, iba tocando una preciosa marcha, titulada *La Suzette*, que me aprendí de oído, y que a mi regreso les cantaré a los lectores que lo deseen, previo el abono de una peseta veinte céntimos (¡gratis, no puedo!)... A continuación marchaba, o rodaba, la carroza de las Sociedades musicales de Houille, que ofrecía la curiosa novedad de que cada uno de sus ocupantes cantaba una canción diferente, lo cual producía una interesantísima melodía, muy parecida a la música que le puso Conrado del Campo a una zarzuela de costumbres criminales que se estrenó en Martín el año que yo entré en quintas... Y cerrando el cortejo pudimos los espectadores admirar la magnífica carroza de Argenteuil, que representaba un peristilo monumental por el que se veía un manojo de espárragos de unos siete metros de altura, y, como es natural, imposibles de chupar... En él iba la Reina de Argenteuil, llamada mademoiselle Suzanne Balco, y sus damas de honor, mademoiselles Simone, Collas y Gourdré (¡me parece que me he documentado bien!), además de una bella parisense (de Montmartre) a quien todo el mundo conocía, dadas las ovaciones y los piropos un poco familiares que recogió... Yo no la conocí, y por eso no cito su nombre; y aunque a ella sí la cito, procuraré que no se entere de que la he

citado, no sea que le dé por acudir y me haga la *cusca* como [la señorita del día anterior]...

Todas las jóvenes eran bastante guapas (*vive sa mère!*); pero observé que disfrutaban de una delgadez insolente y translúcida (¡la que más pesaría treinta y dos kilos!), aunque me expliqué en seguida la razón de que figurasen en la fiesta, ya que lo que se quería exaltar y celebrar era el triunfo de los *espárragos*... Y el único incidente enojoso del espectáculo lo motivó la frase de un guasón que, al ver en la cabalgata al alcalde del *Pont de la Puce* (muy serio y con una barba negra de una longitud aterradora y más poblada que Fernando Poo), hubo de decir, sin respetar la banda tricolor que lucía el digno personaje:

— *Tiens! Voilà Landru!*

Y como el alcalde de *Puente de la Pulga* tenía más pulgas y peores que el puente, estuvo a punto de ocurrir una catástrofe, que, afortunadamente, se evitó porque yo intervine; y sabido es el caso que se hace en París y sus alrededores al extranjero..., si se expresa con claridad..., porque si no le entienden, no le hacen caso ninguno...

Y contentísimo por haber evitado un día de luto a Argenteuil, regresé al centro de París... Pero, ¡oh dolor!, por primera vez en lo que llevo de estancia, me perdí en un dedalo de calles y no di con mi hotel hasta las doce de la noche... ¡¡Esto es una vergüenza; pero no es mi caso el primero, pues sé de buena tinta que, cuando mi buena amiga *Chelito* estuvo aquí, indefectiblemente se perdía todas las noches!...

ERNESTO POLO.

Paris. — Brasserie Lipp. — Julio.



FACHADA DE LA ESTACIÓN DEL ESTE

Uno de los sitios más animados de París, y también uno de los lugares donde, por la anchura de las calles que le cruzan, da con más fuerza el sol en el verano, razón por la cual he sentido yo en él un calor impropio de la estación... La fotografía que ofrecemos está tomada dando la espalda al boulevard de Strasbourg (por lo que rogamos al boulevard que nos dispense)...

UN VIAJE TRIUNFAL DE DON ABILIO

¡BENDITA SEA TU PUREZA!

Los alegres chicos de la Prensa acompañábamos a D. Abilio en su excursión. Nos habían arrojado flores en la Alberca de Arriba, palomas mensajeras en Cabezacuerpo, obsequiado con dulces secos y con puros de veinte en Mataporquera; entrábamos en la corte de los abilienos, calderonianos o calderonistas, que de los tres modos suelen decirlo en Palencia. El señor ministro daba resoplidos de satisfacción. Ya no tendría candidatos en contra para las próximas elecciones; todos aceptarían su mandarinato; aquello era una carrera triunfal, con todas sus consecuencias, para la tranquilidad del ácta y del bolsillo.

Don Abilio estaba radiante. Todos los notables de Palencia y de sus aledaños figuraban en la pintoresca caravana. Diputados provinciales, ex alcaldes, tres concejales, un antiguo reformista, toda la gente de pro.

Y el pueblo donde llegábamos era precisamente la meca del calderonismo. Grijota siempre ha sido de rancia cepa conservadora. Los grijotanos han nacido ministeriales, como han nacido rubios los ingleses, y morenitas las trinitarias y percheleras.

Dábamos vista al pueblo. En él se preparaban estampidos de cohetes y bombas reales, una poesía alusiva al Ministerio de Fomento y a la magnífica labor realizada en él por D. Abilio; hasta se preparaba un arco triunfal. Acerca del arco circulaban, por cierto, varias versiones: se había susurrado el día

antes en Grijota que no había percalinas *ad hoc* para el decorado; había también quien afirmaba que el carpintero, socialista, no había querido prestar las maderas; no faltaban, por el contrario, devotos entusiastas del ministro que aseguraban a tambor batiente que el arco de Grijota sería el mejor de los que cobijaran y saludaran el paso de su excelencia por los pueblos de su distrito.

Llegamos a Grijota. Las hijas de María, en ringlera, otreían flores y lilas a D. Abilio. Los chicos de la escuela cantaban a grito pelado el himno que había compuesto el pedagogo:

«Saludemos, hijos míos,
cantemos con emoción,
a este genio grijotano
que se llama Calderón.»

Allá, a la entrada de la plaza, se veía el arco. Estaba cubierto de percalinas azules y blancas. En el centro había un gran letrero que decía: ¡Bendita sea tu pureza! El día antes había servido de dosel a la Virgen para la fiesta de mayo.

Solemnes, estirados, pasamos los excursionistas debajo del arco. Ninguna leyenda más emocionante para D. Abilio Calderón y Rojo. Algunos iniciaban una sonrisa; don Abilio, muy serio, abrazó al alcalde, diciéndole con lágrimas en los ojos:

— ¡Habéis estado muy bien; pero que muy bien!

Bombas reales, cohetes, cuchipanda en el Concejo. Los niños seguían con su himno. La maestra, con las niñas, se creyó obligada a mostrar al diputado los adelantos de su sección.

Y las niñas cantaban:

«¡Venid y vamos todos
con flores a María;
cantemos a porfía,
que Madre nuestra es!»

Don Abilio escuchaba plácidamente.

A lo lejos venían los niños entonando el consabido himno. Don Abilio puso término a su emoción con estas confortadoras y lapidarias palabras:

— Grijotanos: no aspiro a más sino a que, cuando me muera, pongan un epifanio sobre mi tumba que diga: «Aquí yace un palentino ilustre.»

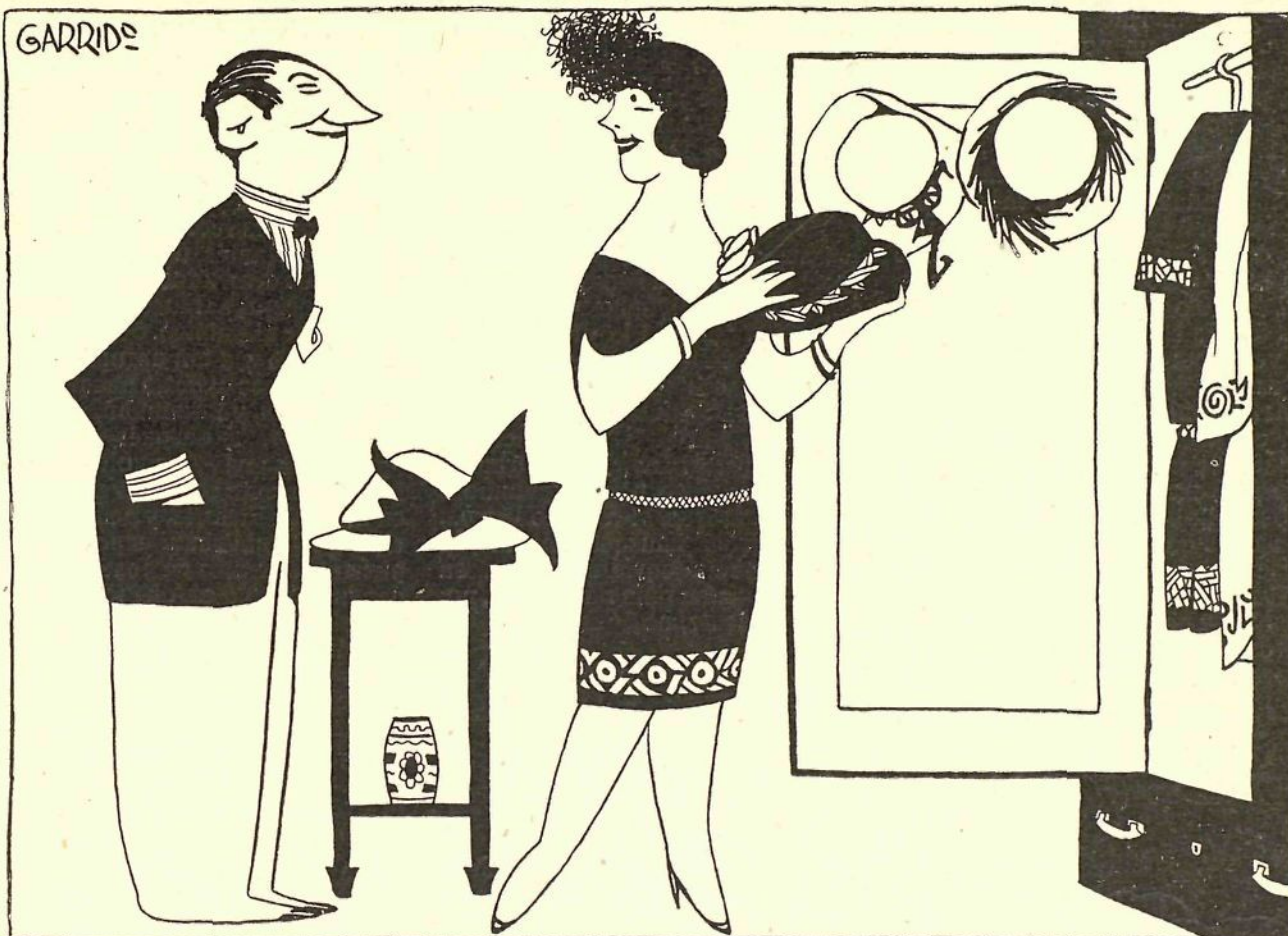


Dib. CASTRO SORIANO. — Madrid.

EL POLLO «BIEN» (entusiasmado).— ¡¡¡Bestial!!!

EL ARTISTA (con desilusión).— ¡Oh!... ¡Y yo que creí que era tan bonita!...

JOSÉ SÁNCHEZ ROJAS.



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— Lo que no comprendo es cómo, teniendo tan poca cabeza, necesitas tanto sombrero...

Lázaro ante la interviú.

En una narración de Zirikiain-Gaiztarro — el primero acaso de nuestros humoristas del mañana —, un personaje resucita a otro. Y el resucitado, apenas vuelto a la vida, protesta de la decisión adoptada con su cadáver. Entre sus motivos de queja, el pobre hombre formula éste, muy atendible:

— Además, todos vendrán a preguntarme qué tal se vive en el otro mundo. Todos me acosarán a preguntas.

Habíamos escrito ya el presente artículo, cuando la susomentada narración cayó en nuestras manos. El resucitado *malgré-lui* coincidía en su queja con nuestra opinión personal respecto a la resurrección hecha sin esperar la llamada de la angélica trompa.

Y es que, realmente, el caso de

Lázaro — arquetipo de resucitados — se nos aparece como poco envidiable. Entonces, cuando Jesús lo devolvió a la vida, tal vez hubiésemos envidiado sinceramente a Lázaro. Adviértase que éste, consumada su resurrección, debió de ser un personaje influyente entre sus convecinos de Magdalo. Su consejo sería escuchado respetuosamente por jóvenes y viejos. De existir en Judea el sufragio popular, fuera segura la promoción del hermano de María Magdalena a algún cargo político de verdadera importancia. Pero hoy...

Supongamos por un momento a Lázaro transportado a nuestro siglo, entre nosotros. Intervención divina, milagro científico, Lázaro resucita. En el año 30 de la Era Cristiana, estas cosas podrían pasar en un círculo de amigos y devotos. Hoy, no. El telégrafo, el te-

léfono, las grandes agencias de informaciones habrían atraído sobre esta resurrección la curiosidad mundial. A la salida de la necrópolis, al subir al auto que le devolviese a su domicilio, Lázaro se vería rodeado, estrujado literalmente por una muchedumbre vociferante.

Es de creer que así, de momento, tales muestras de popularidad halagasen y conmoviesen gratamente al resucitado. Pero bien pronto se haría efectivo el temor que apenas al «resucitado a su pesar», de Zirikiain: horas más tarde, Lázaro, ya en su casa, vería asaltado su reposo por una legión de reporteros, con o sin *kodak*.

— Pásele al señor mi tarjeta — dirían a la servidumbre.

Y el señor tendría que adoptar ante el objetivo fotográfico la pose que el reportero juzgase más propia de un resucitado.

— ¿A ver?... Haga usted el favor... Esa mirada un poco más melancólica. No, no sonría. Ahora ladee un poco la cabeza... Así. Alce un poquitito más la frente. Bien; ya está. ¡Muchas gracias!

Tras las *interviúes*, profusamente ilustradas, vendrían las ofertas de los empresarios de *variétés*: miles de pesetas por noche, figurando en lugar preferente del programa.

Pero esto traería disensiones con las demás *estrellas* del cartel, que, al verse postergadas a un *fiambre*, aguzarían contra él uñas y lengua, amargándole todo triunfo. Sin contar con las molestias de la popularidad. Y con las impertinencias del público, capaz de pedirle, irrespetuoso, que bailase la rumba, ni más ni menos que si de una artista senescente se tratase.

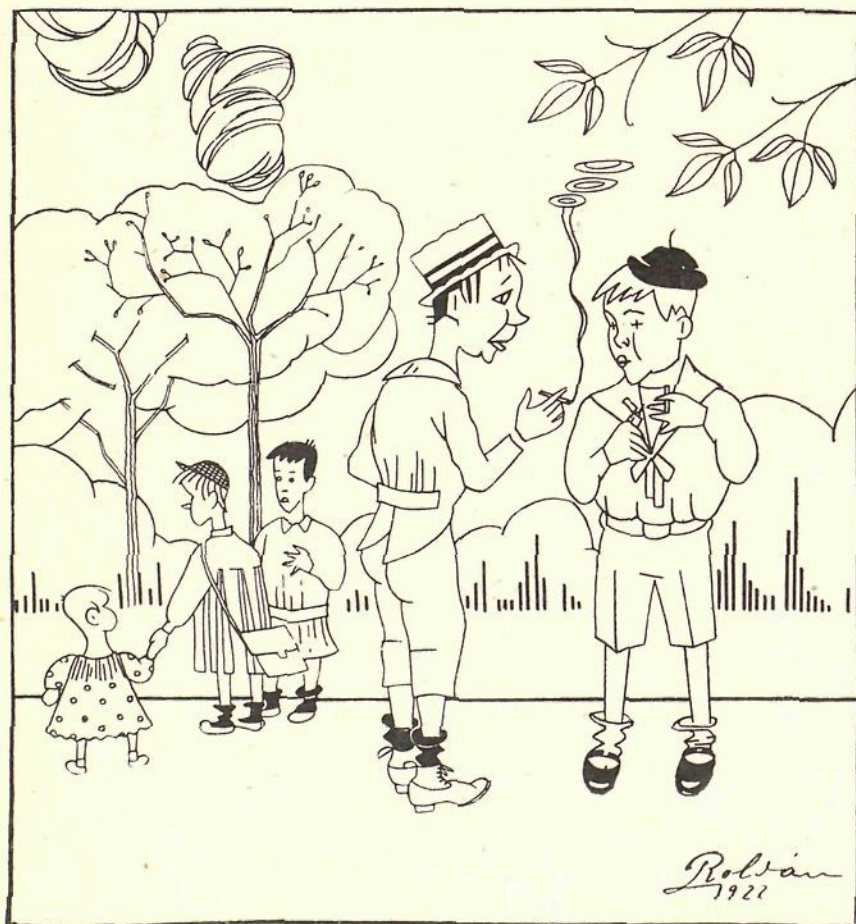
Envuelto en una verdadera vorágine de popularidad, es más que verosímil que el buen Lázaro, horrorizado, adoptase la determina-

ción de reintegrarse al reino de los muertos.

Pero... No todos los días se da el caso de un muerto que resucita y se vuelve a morir. Al cerrarse sobre su ataúd la lápida, una turba de sombras rodearía al recién enterrado, ávida de saber por él detalles de la acogida que los mortales hubiesen podido hacerle... ¡Horror!... Hincado de rodillas, Lázaro imploraría la divina clemencia. Y a la noche, alzando la piedra de su sepultura, saltaría las tapias del cementerio y echaría a andar carretera adelante... Hasta dar con la gendarmería, con la Guardia civil o con cualquier otro cuerpo armado que le detuviese, por vagabundo o por bolchevique, si a mano viene...

Y es que, indiscutiblemente, a Lázaro podía envidiársele en su tiempo y en su país natal. Hoy, no; evidentemente, no.

ANSELMO REGUERA.



Dib. ROLDÁN. — Madrid.

— ¿Tú qué quisieras ser, torero o toro?

— Yo, toro. ¿No has oído decir que hay toros que saben latín?...

== LAS COSAS DE LOS TEATROS

INDISCRECIONES

Sí, caro lector. Raymond *la tiene negra*. Tan negra, que espanta. Figúrate que ha recorrido los teatros más importantes de Madrid realizando sus divertidos experimentos, y no consiguió sino eso: espantar, ahuyentar al público. Su trabajo de ilusionismo era tan apropiado, que el auditorio se distraía pensando en cosas vagas, y terminaba, ¡ay!, por aburrirse. Y después acordaba — otra vez ¡ay! — no volver.

Ultimamente comenzó a trabajar en el Reina Victoria, y pensó un reclamo originalísimo: exponer en la puerta del teatro de José Juan Cadenas el ataúd en que tenía la comodidad de encerrarse para hacer un número de fuerza.

No fué preciso que lo llevase a efecto. Todo mortal que paseaba por la carrera de San Jerónimo y se topaba con el mueble funerario, emprendía precipitada fuga hacia la acera de enfrente, guardándose muy mucho de posar la mirada en la *atracción* que con tanto empeño mostraba el aplaudido ilusionista. Porque no me negarán ustedes que tiene verdadera gracia, sobre todo para los supersticiosos, ir a un espectáculo y darse de narices al entrar con un *envase de conservas* de esa categoría.

Pero no paran ahí las aventuras del hombre Raymond: nuestro deber informativo nos lleva a la indiscreción censurable. Vamos a referir algo íntimo, que hemos sabido por verdadera casualidad, y que nos llenó de estupefacción.

El artista, no ha muchos días, fué demandado ante la justicia de los hombres. Reclamaba la patrona del hotel en que se hospedaba unos ciertos dineros.

Hemos de referirlo todo, para que no padezca el crédito de Raymond. No se exigía el cumplimiento de una obligación contraída por hospedaje. El artista no acostumbraba a dejar en el aire pagos de esa índole. ¡Dichoso él!

Lo que se reclamaba de Raymond eran daños y perjuicios; era un pleito civil.

Se exigía el pago de ocho pesetas por desgaste de las sillas. Así como suena.

tiene
ta. Fi-
zatos
reali-
entos,
antar,
ajo de
o, que
ido en
l, por
rdaba

abajar
un re-
en la
n Ca-
la co-
hacer

vase a
iseaba
mo y
erario,
hacia
ndose
ada en
peño
onista.
es que
e todo
un es-
al en-
vas de

nturas
uestro
a a la
mos a
s sabi-
y que

ías, fué
de los
na del
a unos

, para
le Ray-
miento
da por
ostum-
de esa

ymond
era un

pesetas
sí como

BUEN HUMOR

9

Nosotros nos quedamos maravillados.

¿Qué hará Raymond con las sillas de las casas de huéspedes?

¿Las desgastará por el asiento? ¿Por el respaldo? Misterio es éste que no hemos podido descifrar, pero que nos afirma en nuestra creencia.

Raymond es un hombre de poca fortuna. No atrae al público, y estropea el mobiliario de su casa. Todo un programa para un empresario con prejuicios...

UNA NUEVA MODA

En esta temporada de verano, en sus comienzos, se ha implantado una moda que me ha llenado de regocijo y que continúa llenándome, dicho sea en honor de la verdad. Se trata de que, al inaugurarse un espectáculo cualquiera, las Empresas tienen la gentileza y el desprendimiento de convidarnos a comer a los hombres que nos ocupamos de la información teatral. Por esta razón decía antes que la nueva moda continuaba llenándome.

Parece que la teoría de dichas Empresas es aquello de «bien canta Marta después de harta». Y, en efecto, yo aseguro, con la mano puesta en el estómago, que todos aquellos espectáculos a los que precedió una succulenta comida me parecieron verdaderamente trascendentales, y, sobre todo, dignos del favor público. Mi elogio fué, por tanto, de lo más sincero que puede darse. Yo soy un sentimental. Devorando un alón de pollo, me parecen celestiales todas las romanzas. Con una copa de champaña por delante creo que son divertidísimas las verbenas del Paraíso o del Retiro...

Yo estoy verdaderamente encantado, y mi único dolor es que no se inauguren a diario teatros, parques, circos, etc., etc. Propongo, por tanto, que jamás se interrumpa la espléndida costumbre, para bien del arte en general y para regocijo de los informadores de espectáculos. Empero, como yo soy previsor, se me ocurre que el querido compañero que, por su desgracia, se encuentre mal del estómago, estará ante nosotros en manifiestas condiciones de inferioridad. Y hay que buscar una fórmula.

Una fórmula, de modo que nadie salga perjudicado.

Yo propongo el substitutivo: una gabardina, por ejemplo. Acaso un gabán de pieles como ese que usa Eduardo Palacio Valdés, y que tanta envidia da a los periodistas...

El que subscribe no tendría inconveniente en la substitución. Ya que nos obliga a la benevolencia la gentileza de la gente, por un poco más quedaríamos todos tan satisfechos.

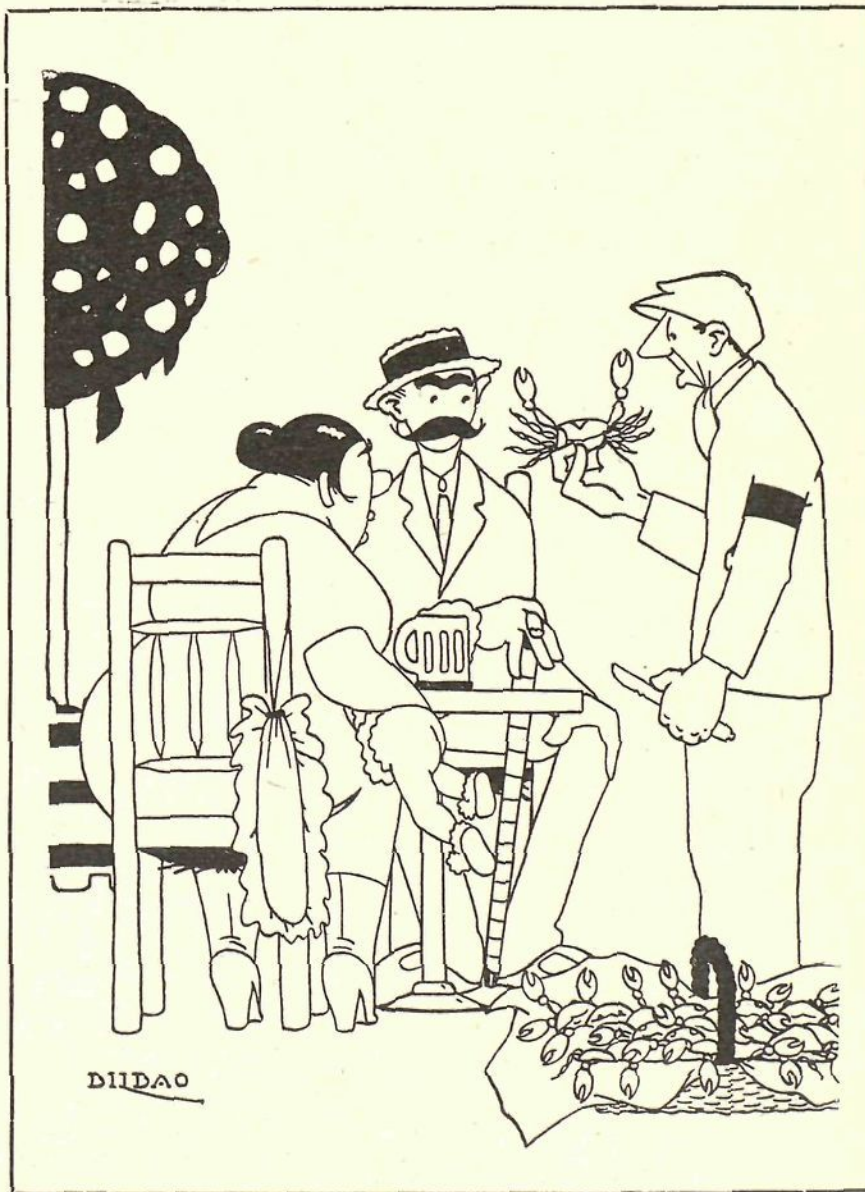
Yo prefiero, por ejemplo, una moto con *side-car*. Generalmente, las aves que sirven en los banquetes son duras, las carnes están pasadas... ¿A qué, pues, torturarnos y

exponernos a un contratiempo gástrico?

Pónganse de acuerdo los obsequiosos: un esfuerzo, y me comprarían un auto baratito. Puede que también me conviniese un hotelito en la Dehesa de la Villa. Con los banquetes a que me han convidado y he asistido por compromiso, y con los que he declinado el honor, habría bastante para esto último que digo. Al final haría yo un esfuerzo y pondría la diferencia.

Y perdonen ustedes la *insinuación*.

José L. MAYRAL.



— ¿Quiere usted que se lo limpie? —

Dib. BILBAO. — Madrid.

LA EPIDEMIA DEL CHISTE

(Conferencia que será pronunciada correctamente el día menos pensado en cualquier Ateneo. A quienes entonces la oigan, el autor les ruega obedecer las manifestaciones de aplauso, aprobación y risa que aquí se indican.)

Señoras, caballeros y asexuales: El siglo XX quedará en la Historia como el siglo de dos grandes invasiones: la de los alemanes en media Europa y la del chiste en toda España. (Aprobación.)

Esta última, especialmente, adquiere proporciones abusivas. Francamente, señores, no hay derecho. Me río yo (y ustedes perdonen que me ría en una conferencia contra el chiste) de esos que llaman microbios roedores de la vida nacional, como el analfabetismo, la miseria, el alcoholismo, la tauromaquia, la política de La Cierva, etc. ¡El chiste sí que es un microbio! Hay que decirlo redondamente: la gracia de los españoles es la desgracia de España. (Aplausos y sonrisas.)

Ahora bien: a ustedes les parecerá una aberración que yo, que tengo fama universal de chistoso, me venga aquí atacando fieramente al chiste, combatiendo a la gracia... Me explicaré.

Existen en el mundo dos clases de gracia: la gracia de los que la tienen y la gracia de los graciosos. La primera, señores, que es la gracia verdadera, la legítima, no merece sino mi admiración entusiasta y mi risa incondicional. La segunda, que es la espuria y la que desdichadamente predomina, no la puedo pasar de ninguna manera: se me indigesta. Y ésa es, señores, ésa es la que yo vengo a combatir en nombre de mi digestión y de la de toda España. (Pequeña ovación.)

¡Ay, no me dirán ustedes que no son insoportables esos hombres licenciados en gracia, doctores en zumba, que nos tienen fritos con el derroche de su ingenio y la sal de sus ocurrencias! Esos son los que le dan a uno los buenos días envueltos en un chistecito de actualidad; los que, si de aplicar refranes se trata, exclaman: «Del dicho al hecho hay que ir en tranvía», o «No por mucho madrugar, uno se lava

la cara»; los que, cuando se habla de coplas, se descuelgan con alguna por este estilo:

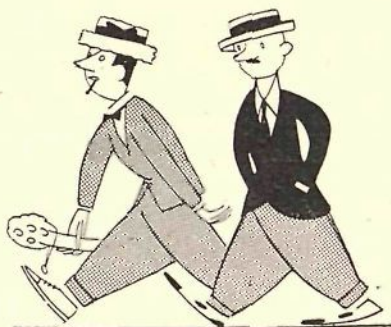
«Una niña muy linda
se pisó un dedo,
y del dolor que tuvo
se tiró...»

(Risas estrepitosas que impidan que se oiga la última palabra.)

Las suegras son las víctimas indefensas de estos graciosos. Todo se les vuelve eructar pullas festivas contra ellas; y eso que una suegra es lo más dulce que hay en el mundo. Lo digo yo, que no la tengo. (Sensación.) También pueden considerarse víctimas la ropa del pobre Weyler, la patita del opulento Romanones, la Biblia en verso de Carulla y otras encantadoras idealidades...

Ahora bien, señores: ¿en qué se distingue a los graciosos?, ¿qué ras-

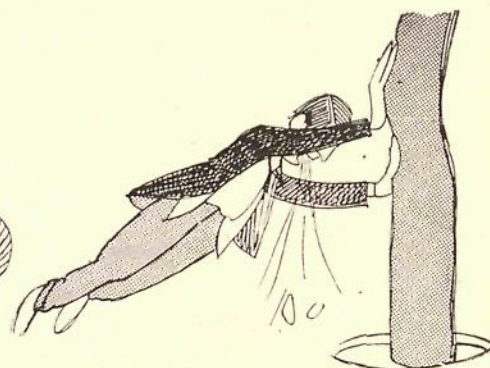
NOTAS VERBENERAS,



¡Bocas de la isla!...



Un matrimonio feliz porque les han tocado el lepórido y los balones.



Otro menos egoísta, que devuelve lo que le ha tocado.

gos característicos presentan estos animales? Sin temor a caer en error, podemos establecer que cuando a un hombre le da por decir muy a menudo: «¿En qué se parece...?», o «¿Cuál es el colmo...?», es que ese hombre está atacado de gracia. Y, ante un ejemplar así, los seres inofensivos deben echar a correr, porque si no huyen, el niño e la gracia les encajará artículos de su exclusiva del tenor siguiente:

«¿En qué se parece un tren a un niño de pecho? En que el tren lleva hembras, y al niño le llevan enbra...-zos.

»¿Y un toro a una modista? En que los dos se ocupan en-vestir.

»¿Y un borracho a una oveja? En que ¡be-be!...»

Bueno; y si ustedes no contestan a cada parecido con un ¡jeeeee...! más arrastrado que una escoba, el gracioso se pica.

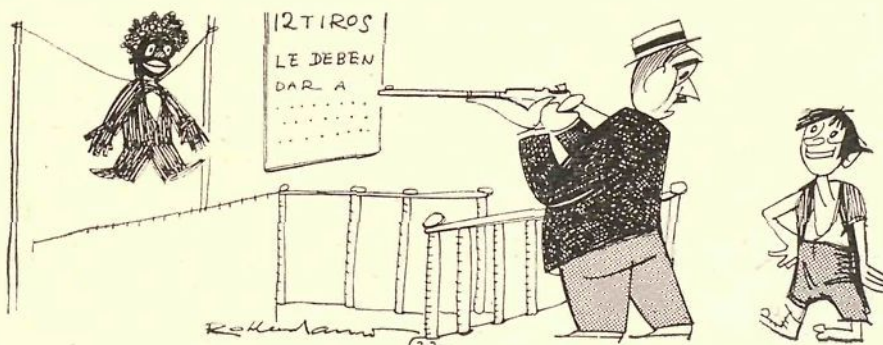
MAS, por ROBLDANO



Dos parejas que se divierten.



Otra pareja menos divertida.



— ¿Pero está usted seguro, señorito, de que va a hacer blanco?

Con los colmos sucede ídem de lienzo. Un colmista es algo que le colma la paciencia al mismísimo Job.

«¿Cuál es el colmo de un sastre mal hablado? Soltar un terno.

»¿Y el de un ciego? Casarse con una pupile-ra.

»¿Y el de un demente? Que le toque la lotería, porque será señal inequívoca de que tiene una suerte loca.»

Así, hasta el infinito...

Un joven conozco yo, llamado Izquierdo, que se ha metido a gracioso. En cuanto ve a algún conocido, se tira del chaleco, entorna un ojo, dibuja una sonrisa...; ya se sabe: es que va a soltar un golpe. (¡Así se lo soltaran a él!) Si asiste a una reunión, su saludo siempre es el mismo: «La paz europea sea en esta casa.» Cuando saluda a un músico, le dice:

«Me *alegretto* de verte bueno.» Y cuando le despidе: «*Andante* con Dios...»

La otra noche, según me han contado, le preguntó una señorita, haciéndole guiños, que por qué no se casaba. Izquierdo se tiró del chaleco..., etc. Respuesta al margen: «No me caso, señorita, porque no encuentro casa; y yo, para ir al casamiento, necesito casa, y no miento.»

Excusado es decir la explosión de... regocijo que siguió a este disparo... de ingenio.

Un servidor de ustedes se lo encontró hace varios días en la calle de Alcalá, y, sin interesarse por mi familia siquiera, me espetó de un golpe todos estos golpes, que yo aguanté impertérrito, sin darle ninguno:

— Vamos a ver, Bernardino, usted que es algo escritorcillo:

«¿Cuál es el literato más inquieto? Salvador Rueda. ¿Y el más matemático? Juan Mas y Pi. ¿Y el más picante? Octavio Picón. ¿Y el más delgado? Sinesio. ¿Y el más amargo? El autor de *En Flandes se ha puesto el sol*, porque es el que tiene mar... quina. ¡Jeeeee...! Ahora, esto: ¿Cuál es el torero que más gusta a los cantantes? *El Gallo*. ¿Y a los pintores? *Pinturas*. ¿Y a los jugadores? *Fortuna*. ¿Y a las románticas? *La Rosa*. ¿Y a las cupletistas? *Posturas*. Y a las mamás de las cupletistas? *Melones*, y toda clase de *Frutitos*. ¡Jeeeee...! Ahora, una copla:

«Todo verdugo es un hombre que mata: por eso arguyo que el hombre que Pedro Mata, es un Francisco Verdugo.»

¡Jeeeee...!

Y ahora..., ahora ustedes me dirán, señores, si esto se puede aguantar; si, por el simple hecho de ser la vida un «valle de lágrimas», hemos de aceptar todos los desahogos festivos de todos los amigos *izquierdos* que no andan por el mundo *derechos*... (*Bien, bien.*)

Ya sabemos que para esto, como para otras muchas cosas, es inútil solicitar la protección de los Poderes oficiales. (Aquí vendría de perilla el correspondiente ataque al Gobierno; pero lo dejaremos para otra oportunidad.) Los Poderes oficiales no pueden nada. Somos nosotros, señores míos, somos nosotros, digo, los llamados a velar día y noche, sobre todo de noche, que es cuando más hay que velar, por nuestros más caros intereses y por nuestra dignidad más barata.

¡Ah! Cada vez que tropecemos con uno de estos graciosos de oficio, gritémosle con toda la fuerza de nuestros redaños: ¡*Nosce te ipsum!*!, o ¡*Anda, y que te hiltan!*!

¡Alerta, pues, ciudadanos! No demos tregua al enemigo, que, como dijo un gran poeta: *To be or not to be*; esto es: *Te veo y no te veo*.

(*Ovación que se prolongue algunas horas. Gritos ensordecedores de: ¡Viva el orador! ¡Que se repita! ¡Que le den la oreja! ¡Abajo los consumos!*, etc.)

BERNARDINO DE PANTORBA.

CAÑO LIBRE

Los españoles somos como Dios nos ha hecho. Estamos convencidos de que nos sobran dos o tres Ministerios de los que pagamos, y no pasa un mes sin que se alcen voces angustiosas pidiendo la creación de otro más, como si en la abundancia de consejeros de la Corona consistiera la salvación de la Patria.

Ahora, el respetable Cuerpo de Correos, en las nuevas bases—esto de las bases nuevas a cada paso va siendo también una broma pesada—, pide el establecimiento del Ministerio de Comunicaciones, aquel Ministerio de Comunicaciones que fué durante muchos años la pesadilla del Sr. Ortuño, hasta que le hicieron ministro de otra cosa.

Y poco antes, los trigueros, remolacheros y fruteros habían pedido el de

Agricultura, y antes aún, los médicos, el de Sanidad y Profilaxis.

De modo que si se fuera a hacer caso a todo el mundo...

Ahora que, hablando con sinceridad, yo tengo una sospecha: la de que no sean las *fuerzas vivas* las que demanden la fundación de nuevos centros burocráticos, sino los que esperan ser colocados como ministros, subsecretarios, inspectores, jefes de negociado u ordenanzas.

Porque está uno tan escamado y tan sobre aviso...



Puestos a tener iniciativas, yo propongo que al Ministerio del Trabajo se le denomine de hoy en adelante Ministerio de las Casualidades, que es el que le cuadra.



Dib. RAMÍREZ. — Madrid.

— ¿No te bañas hoy?

— No, chica. Ya me limpiaron anoche en los caballitos.

Se fundó por casualidad y a petición de varias familias, como se dan algunas funciones en los teatros; para constituirle se cayó en la cuenta por casualidad de que estorbaban en los otros ministerios una porción de negociados y jefaturas, que se juntaron para robustecer el organismo nuevo; por casualidad se vió después que estas dependencias, que cabían perfectamente donde estaban, ya no cabían en cuanto se agruparon; por casualidad se les ocurrió a los propietarios del que fué teatro Lírico construir una casa, y por casualidad se le ocurrió al ministro que aquella casa servía para instalar el Ministerio, que por casualidad interviene en algún asunto y por casualidad resuelve como es debido los asuntos en que interviene.

Me parece, pues, que no puede estar más justificado el cambio de título.



En Alicante la dirección de la fábrica de papel Nervión admitió a una operaria que había cometido la imprudencia de no sindicarse.

Sus compañeros exigieron que fuera despedida inmediatamente, el director no quiso acceder a la exigencia, y los trescientos ochenta obreros restantes abandonaron el trabajo.

Temíase que secundaran esta actitud los obreros de los servicios eléctricos, y yo no sé lo que habrá pasado a estas horas..., aunque me lo figuro.

¿No estaba en estudio un proyecto de sindicación forzosa?

Pues que no se molesten los señores de la Comisión, porque ya está establecida.

Y me parece que más forzosa...



El señor ministro de la Gobernación preparaba, según los sueltos oficiosos, dos decretos para resolver otros tantos problemas importantes: el de las subsistencias, que, como ustedes saben, cuestan un sentido, y el de Las Urdes, sin hache, bajo la responsabilidad del maestro Valbuena.

Ambos iban a aparecer en la *Gaceta* de un momento a otro y casi simultáneamente...; pero hasta la hora en que escribo estas líneas no ha salido más que el segundo, y me figuro que el primero se quedará, como los estudiantes malos, para septiembre.

Porque ya está visto que todo lo que tienda a sacar algún dinero a los ciudadanos, se despacha en seguida, y lo que pueda producirles alguna ventaja, aunque sea del tamaño de un cañamón, no corre prisa nunca.

Ya tienen Las Urdes su Patronato correspondiente, con la suscripción pública número seis mil y pico, y las subvenciones y gajes que vayan cayendo; pero los intermediarios, que lo encarecen todo, pueden vivir tranquilos. Ya habrá llovi-

do un rato cuando el Gobierno se decida a poner mano en lo suyo...

Y si piensan ustedes que los repollos, las lechugas y las peras de donguindo van a estar baratas alguna vez, en virtud de una disposición ministerial, ¡ya están ustedes frescos!



¿Se acuerdan ustedes de aquellos señoritos que andaban por esos pueblos de Dios, sombrero en mano, acompañados por los alcaldes u otras personas de viso, dando palmaditas en el hombro a los labriegos y pidiéndoles humildemente el voto?

Pues han de saber ustedes que se juntaron el otro día y acordaron chulearse de los electores asignándose un sueldo anual de doce mil pesetas.

Es decir, que aquellas palmaditas no eran más que un modo de distraer a las víctimas para que no se dieran cuenta de que las estaban limpiando los bolsillos del chaleco.

Ahora, después de ese colmo de frescura, el país, a quien han tomado por burro de carga, verá si ha llegado el momento de tirar la albarda que le han puesto sobre los lomos y emprenderla a coces con los arrieros.

Porque si se aguanta esta vez también, no tardarán mucho en apretarle otro poco la cincha.



Supongo que, si España no se ha quedado sin pulso, haremos inmediatamente una lista de los apreciables sujetos que votaron en pro de la proposición, con el incommensurable Lerroux a la cabeza; y si cuando se celebren nuevas elecciones tienen el atrevimiento de presentarse sombrero en mano en los distritos, les recibiremos a estacazos.

Porque se necesita demasiada mansedumbre para aguantar la burla.

SINESIO DELGADO.



TITIRIMUNDILLO

Los periódicos no cesan de decir en estos días: «Han salido de veraneo los señores de X, V y Z.»

Lo que no dicen luego es cómo han vuelto. Porque hay quien vuelve a pie por la carretera y empujando el baúl. ¡El que trae baúl!...

«Campana de abaratamiento.»
Prevedamos la derrota de esa campana.

Con la fórmula de «Se avisará a domicilio a los señores diputados», se han suspendido las Cortes.

No hará falta avisarlos. Se presentarán ellos solitos. ¡No ven ustedes que tienen que cobrar las dietas!...

— ¿Piensas salir este verano?
— ¡Ojalá!... Si saliera, era señal de que había salido...
— ¡Naturalmente!
— ... que había salido de apuros.

Receta para pasar agradablemente el verano:

Permanecer constantemente al lado de uno de los diputados que votaron por el aumento de dietas.
¡Eso es frescura!...

Maldición gitana.
— ¡Permita Dios que te nombren teniente de alcalde, para que te insulte todo el mundo!

— ¿Y su hijo?
— ¡Oh!... ¡Estamos satisfechis-

mos de él!... Ha obtenido un primer premio.

— ¿En sus estudios?
— ¡Ca!... ¡En un concurso de fox celebrado en la verbena!

A los automóviles se les ha impuesto una cuota fija de tributación.

Lo que hace falta saber es si está ahí todo comprendido, atropellos inclusive. Y qué número de muertos y heridos tiene asignado cada automóvil.

«El alma de la verbena.»
Suelen ser las broncas.
Por eso, en muchas verbenas le rompen el alma a unos cuantos.

Los peluqueros piensan apelar contra una disposición gubernativa.

Nada más natural que los peluqueros a-pelen.



Dib. CASTEIG. — Alicante.

EL BORRACHO. — Pero, señores de guardias, ¡no hay derecho!... Ese tío también tiene una tajada bastante regular, y no lo llevan ustedes a la Comi.



Dib. MARTÍN. — San Sebastián.

— Hoy sí que te vas a haser buena negosio en la plasa.

— ¡Ay ene, sí, sí! Para cuando vuelvo a casa ya se lo ha comido el Monisipio.

MUESTRARIO DE «FIRMAS»

Ramón Gómez de la Serna

Siempre me ha parecido una firma demasiado larga, de intención y de palabras. Lo cree ella misma; es, sin duda, por lo que se ayuda de ese *de la* de arrastre, un *de la* que, más que de Gómez, tira de Ramón, como si Serna no quisiera nada con ese Gómez ¡tan plebeyo!

Ya me figuro que esta ocurrencia la ha tenido alguna vez el escritor; es más, ha pensado seriamente eliminar a Gómez, dejándolo reducido a una G mayúscula, que él interpretaría con un leve trazo ligeramente curvado, como un rasgón de la pluma nerviosa. Pero ha tenido miedo a las represalias de Gómez, y su cobardía le ha de costar cargar con él a costas toda la vida, y mucho dinero de tinta; y no indico el trabajo que se podrían ahorrar los señores linotipistas, porque le costaría la vida: esa vida que nos es necesaria para poder ver la que él tritura sin piedad, desenmascara, como se hace con un impostor. Como le aprecio — aun sin haber tenido el gusto de estrechar su mano —, no le delato, a cambio de que no me niegue ese gran secreto de que se vale para ver la vida, de que me diga

en qué país habita el brujo que le vendió ese gran ojo con el que ve la vida, ¡que yo la quiero ver igual!

Queda expuesta la amenaza que

me ha de proporcionar otro gran ojo para ver lo que Ramón G. de la Serna.

Más tarde, abusando de su cobardía, me haré con otro lapicero como el suyo, y dibujaré «esas cosas» infantiles que vibran con una perenne sonrisa, que tienen más alma que las arrancadas de la paleta de un raro pintor con talento.

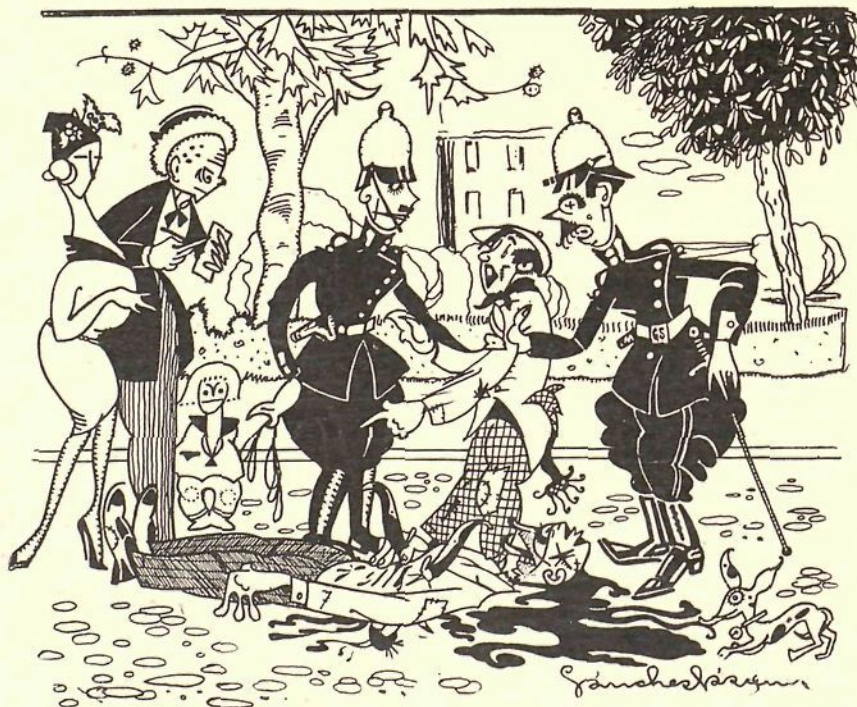
Yo me figuro a Gómez de la Serna como un chico menudo, ingrátido, que, inmunizado contra todo atropello, pudiese pasear tranquilamente por la Puerta del Sol a las ocho de la noche, para bañarse de sensaciones de la vida.

Me le figuro, ya de regreso, con el acopio de sus sensaciones debajo del sombrero, prensado en la plataforma de un tranvía, colmándose con una última sensación, una greguería de propina:

En la Puerta del Sol, a la hora eléctrica del día, somos como ratoncitos escapados de la vida, que huímos con vacilantes y temerosos zigzagueos para caer en esta inmensa ratonera.

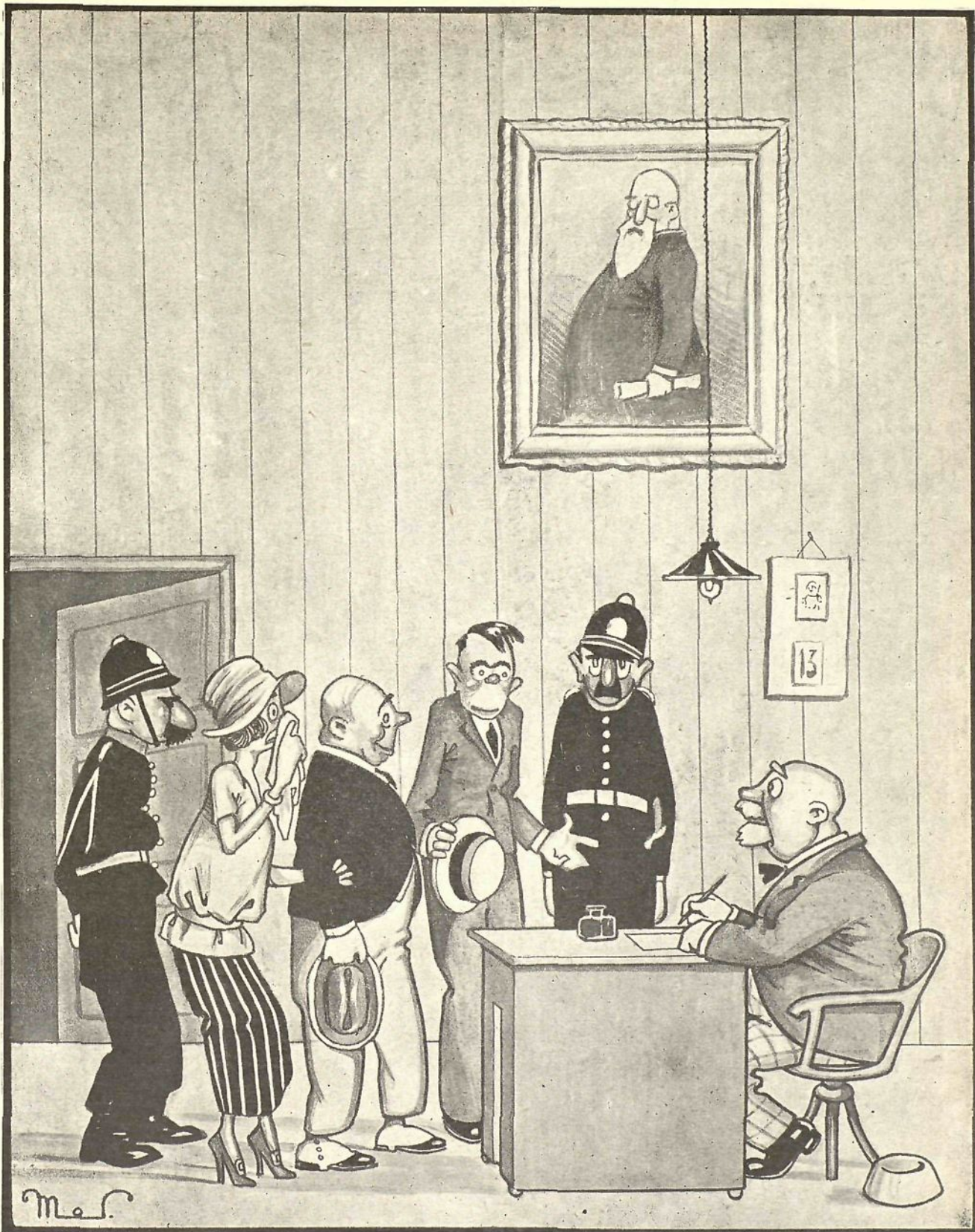
Yo le nombraría humorista nacional, o mejor, lo anunciaría como el poderoso insecticida DELAVIDA.

LORENZO RODERO.



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

UN GUARDIA. — ¿Reconoce usted ser este el individuo a quien ha asesinado?
EL CRIMINAL. — Estoy en duda. ¡Como el pobre ha cambiado tanto!...



Dib. MEL. — Cuatro Vientos.

- Yo, señor comisario, no tengo que decir más sino que, al ir a darle una bofetada a este tío, se puso su señora por medio y se la di a ella.
 — Y usted, ¿qué dice?
 — ¿Yo?... Pues ¡que ahí me las den todas!...

Ayuntamiento de Madrid

EL MODELO DE PARÍS

I

En casa de las de Pérez.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — ¡Por fin hemos terminado el vestido!... ¡Ha quedado muy bonito!...

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — Sí; mas de lo que nos figurábamos.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — Ha sido una gran idea el ponerle este viso.

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — ¡Ya te lo dije yo!

LA SEÑORA DE PÉREZ. — No; la idea fué mía.

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — Dispensa, mamá; pero fui yo quien lo dijo.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — Yo tengo ahora otra idea.

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — ¡A ver!... ¿Qué?...

LA SEÑORA DE PÉREZ. — ¡Luego dirás que la idea ha sido tuya!...

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — ¡No, mamá!... Anda, dime lo que se te ha ocurrido.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — Mañana vamos a dar los días a las de Gómez. Tú llevarás este vestido. Y vamos a decir que es un modelo de París. Las pobrecillas son tan ton-

tas, que se lo creerán. ¡Van a rabiarse más!...

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — ¡Qué talento tienes, mamá!... ¡Qué envidia va a tener Rosarito!... ¡Es tan cursi la pobrecilla!...

II

En casa de las de Gómez.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¡Qué vestido más bonito, Pilarcita!

LA SEÑORA DE PÉREZ. — Nos lo han enviado de París hace unos días.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¿Sí?... ¿En qué casa lo han hecho?

LA SEÑORA DE PÉREZ. — Pues... Ahora no me acuerdo... ¿Cómo se llama la casa, niña?

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¡Qué más da!

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — No recuerdo, mamá, cómo se llama. Un nombre muy raro.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — No; es un nombre bien francés. En fin, en casa tenemos una tarjeta y la factura.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¿Quién les recomendó esa casa?

LA SEÑORA DE PÉREZ. — La de Lancete. Su marido es el secretario particular de un director general del Ministerio de... No me acuerdo... Niña, ¿de qué Ministerio es?

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — No sé, mamá.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¡Qué más da!

LA SEÑORA DE PÉREZ. — En fin, en casa tenemos una carta con el membrete.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¿Se conocen ustedes desde muy antiguo?

LA SEÑORA DE PÉREZ. — No; desde hace dos años solamente. Nos conocimos en el balneario de... No me acuerdo... ¿Cómo se llamaba el balneario, niña?

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — No recuerdo, mamá.

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¡Qué más da!

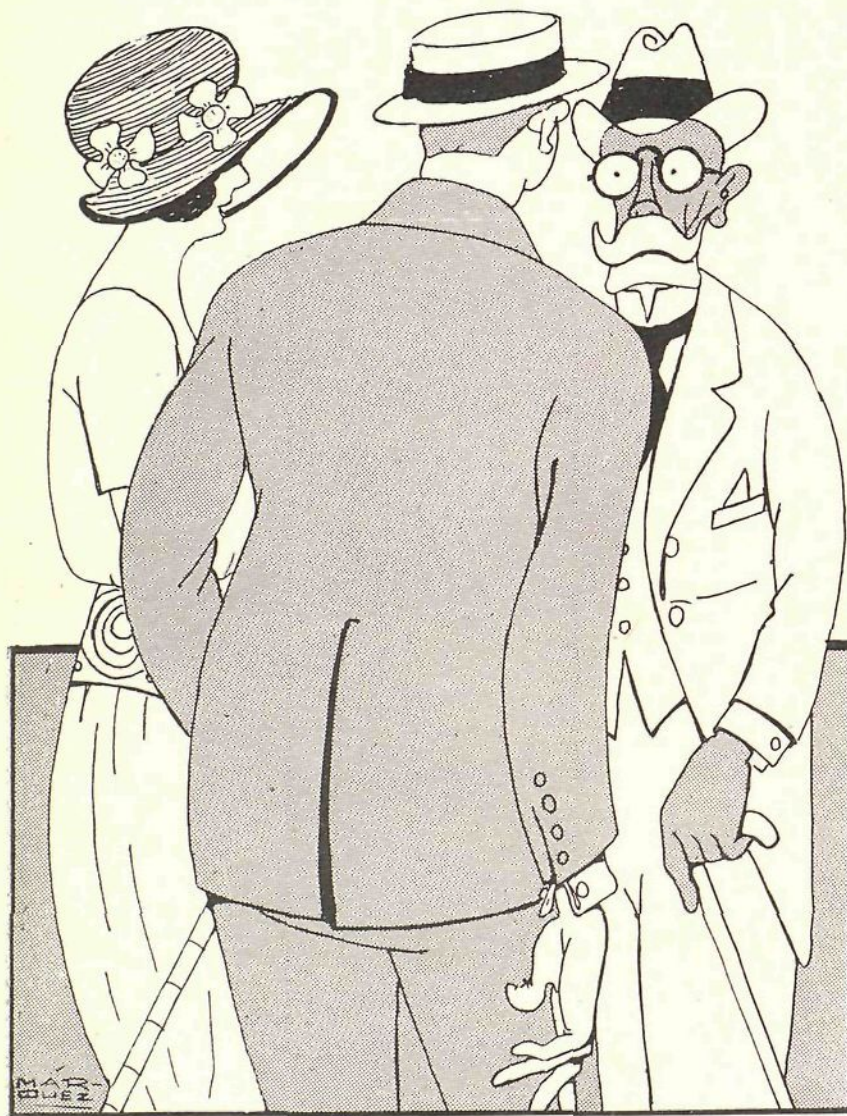
LA SEÑORA DE PÉREZ. — En fin, en casa tenemos algunas postales.

(Sigue la conversación. A la media hora se levantan las de Pérez, y tras ellas, las de Gómez. La despedida dura veinte minutos. Las de Gómez se quedan solas.)

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — ¿Te has fijado bien en el vestido que llevaba Pilarcita?

LA SEÑORITA DE GÓMEZ. — ¿Por qué me lo preguntas?

LA SEÑORA DE GÓMEZ. — Porque se me ha ocurrido que te hagas uno



Dib. MÁRQUEZ. — Madrid.

— ¿Y dice usted que tengo que manejar un millón de pesos al día?

— Sí, señor.

— No acepto. ¡Es mucha carga para mí!...

igual. Lo estrenarás cuando vayamos a casa de las de Rodríguez. Les diremos que te lo han traído de París. Y ellas se lo creerán. ¡Pobrecillas!... ¡Son tan cursis!...

LA SEÑORITA DE GÓMEZ. — ¡Has tenido una buena ideal!...

III

En casa de las de Rodríguez.

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — ¡Gracias a Dios que se han ido!

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Siempre han tenido las de Gómez fama de latosas. ¡Han estado tres horas!

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Y todo para que nos fijáramos bien en el vestido que llevaba Rosarito.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — ¡Claro, no es de extrañar!... ¡Para una vez que va bien vestida!...

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Si no fuera por el viso, el vestido sería muy *chic*.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Podemos hacer una cosa.

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — ¿Qué?...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Hacerle a ti uno igual. Luego diríamos a las de López que te lo habían traído de París.

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Sí; pero sin viso.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — No le va tan mal como tú dices.

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ (*muy disgustada*). — ¡Siempre has de llevarme la contraria!...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — ¿En esas estamos? ¿Otra vez volvemos a las andadas? Pues si quieres el vestido, ha de ser con un viso idéntico, ¿lo oyes?... ¡Pues no faltaba más!... ¡Estas niñas, que aun no han salido del cascarón y ya quieren discutir y tener más gusto que sus madres!... (*Sigue gruñendo.*)

IV

En casa de las de López.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — ¡Hace hoy muy buen día!

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Sí; un día espléndido.

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — ¡Primavera!

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Un día muy agradable.

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Sin embargo, ayer llovió.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — No llegó a llover; lloviznó nada más.

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Y anteayer hizo mucho frío.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — ¡Oh, un frío espantoso!

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — ¡Invernal!

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — En cambio, hoy...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ. — Sin una nube. Por eso he dejado a Teresita que estrenara el vestido. (*Aparte.*) ¡Gracias a Dios que he podido llevar la conversación a lo del vestido!

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — ¿Conque estrenas hoy, Teresita?

LA SEÑORITA DE RODRÍGUEZ. — Sí, señora.

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — ¡Es muy bonito!...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ (*sin que nadie se lo pregunte*). — Se lo han hecho en París.

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — ¡Muy lindo!... Únicamente el viso...

LA SEÑORA DE RODRÍGUEZ (*a su hija*). — ¿Lo ves? Ya te dije yo que el viso estropeaba el conjunto del traje.

(*Sigue la conversación. Las de Rodríguez se despiden. Las de López quedan solas.*)

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — Me gusta mucho el vestido que lleva Teresita.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — A mí también.

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — Me podría hacer uno igual, y luego decir que me lo habían traído de París.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — ¡Es verdad! ¡Lo que no se te ocurra a ti, no se le ocurre a nadie!

V

En casa de las de Pérez.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — ¿Estrenas hoy el vestido, Robustianita?

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — Sí. ¿Qué les parece?...

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — Muy bien. Yo tengo otro igual.

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — A mí me lo han traído de París.

LA SEÑORITA DE PÉREZ. — A mí también.

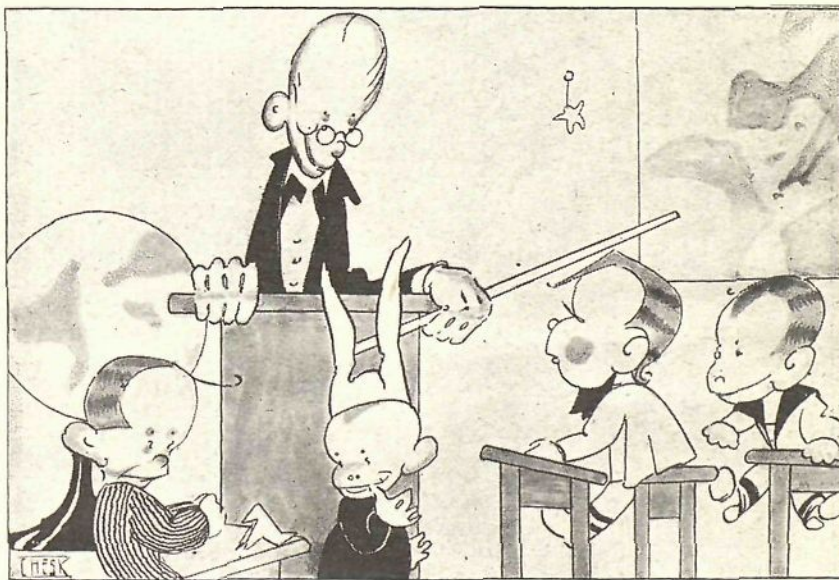
LA SEÑORA DE LÓPEZ. — A ésta se lo ha hecho una modista que se llama... No me acuerdo... Niña, ¿cómo se llama?

LA SEÑORITA DE LÓPEZ. — No recuerdo, mamá.

LA SEÑORA DE LÓPEZ. — En casa tenemos una factura y la tarjeta.

LA SEÑORA DE PÉREZ. — ¡Sí, ya, ya!... ¡Qué coincidencia!... Esa es la misma modista que ha hecho el traje a ésta.

ANTONIO GASCÓN.



Dib. CHESCK. — Madrid.

EL MAESTRO. — Cuando los niños insultaban al profeta Elías, salieron unos osos del bosque y se los comieron. ¿Qué nos enseña esto, señor Gutiérrez?

EL SEÑOR GUTIÉRREZ. — Que antes de insultar a los viejos, hay que subirse a los árboles.

Picardihuelas... inocentes.

Despida usted a la niñera
de su niño, Salomé;
que al niño no le hace falta,
y empieza a *faltarla* a usted...

✻ ✻ ✻

Aunque dan guerra a Narciso
sus hijas, dice el guasón
que es su casa un paraíso,
y acaso tenga razón.

Lo confirma este detalle:
si todas sus hijas van
tan sin ropa por la calle,
en casa, ¿cómo estarán?

✻ ✻ ✻

Castigando su audacia,
pegó un cachete a Nicolás, Ignacia.
y decía Ramiro:

— ¡A mí entonces debió pegarme un tiro!

✻ ✻ ✻

La viuda de don Clemente
a su hija la educa en Francia,
y asegura formalmente
que eso viste y da importancia.

Importancia le dará;
mas se me ofrece una duda:
si eso viste..., ¿cómo va
la mamá medio destiada?

✻ ✻ ✻

A un taller muy conocido
fué a aprender el corte Olvido,
y nadie podrá negar
que sí que aprendió a cortar...
(No hay más que verla el vestido.)

✻ ✻ ✻

Aunque en forma muy velada,
te dije una picardía,
y tú, preciosa Sofía,
te pusiste colorada.

En tu rostro encantador
vi que aquello era un exceso;
pero si tú entiendes eso...,
no sé a qué viene el rubor.

✻ ✻ ✻

Descotada con descaro
vi en la calle a Encarnación,
y me dijo: — No me paro,
que voy muy ligera. (Y claro
que iba... ¡Tenía razón!...)

JOSÉ RODAO.



Dib. ARTETA. — Bilbao.

EL NOVIO. — ¡Mira que hubiera sido desgracia la tuya si llegas a perder la mano derecha!...

LA INGENUA. — ¡Menos mal que le queda la izquierda!...

Las razones de un holgazán

Un amigo nuestro, tan vago como ingenioso, pretende justificar el porqué de su holgazanería.

— No trabajo — dice el holgazán que nos ocupa —, porque Dios Nuestro Señor dispuso que no se laborara en día festivo, y yo no he tenido jamás la absurda pretensión de enmendarle la plana al Creador. Teniendo en cuenta que la religión tiene consagrado un día de la semana a santificar las fiestas, y sabiendo que para los cristianos es fiesta el domingo, que el lunes es griego, que el martes es persa, que el miércoles es asirio, que el jueves es egipcio, que el viernes es turco, y el sábado judío, yo no trabajo ningún día de la semana. Ahora que, siendo éstos los días de descanso establecidos en los diferentes pueblos, según la religión que en ellos se profesa, resultaba que yo, santificando las fiestas a diario, mudaba de religión en cada día de la semana; y como yo soy un ferviente católico, pues busqué otra justificación a mi indolencia, acordándome de una anécdota cuyo protagonista fué un judío: un judío castigado por un ferviente católico. La anécdota es como sigue:

«Un judío prestó a un cristiano mil reales, y se los dió sin papel ni testigos; pasado bastante tiempo, y viendo el judío que el otro no tenía intención de darle un cuarto, por todas partes le iba persiguiendo, diciéndole que le pagase. El cristiano, al principio, no le hizo caso; mas llegó un día que estaba de buen humor, y le dijo:

» — El lunes no te pago, por no estroñarme mal; el martes, porque es día aciago; el miércoles tampoco, porque en ese día vendisteis a Jesucristo; el jueves lo entregasteis; el viernes lo crucificasteis; el sábado es para ti día de precepto, y el domingo lo es para mí: de modo que busca otro día que no sea de éstos, y entonces te pagaré.

» La anécdota, como veis — me decía el amigo maltrabaja —, me justificaba ante los hombres; pero yo necesitaba otra razón de más peso, y por fin la he hallado. Continúo — terminó diciéndonos el vago — con el ataque de *galbanitis* aguda, porque el lunes no trabajan los zapateros: mi padre siguió este oficio, y yo no he de deshonrar su memoria. El martes es día aciago, y lo mejor es estarse quieto. El miércoles pienso lo que debo hacer el jueves. El jueves no me parece bien lo que pensé el miércoles, y, por no trabajar en balde, me estoy tranquilo en la cama. El viernes le hago yo día de fiesta hace muchos años, y desprecio el sábado como un residuo de la semana. Y habéis de saber cómo así me va tan ricamente, y sólo pido a Dios Nuestro Señor que me lleve junto a El un día 30 de febrero que haga sol y sea festivo. ¿Qué os parece?...

ISIDRO DE MADRID.



Allí, delante de ellos, a unos quince metros, unos seres de color negro como el Servus se ocupaban en ocultar unas enormes cajas que otros traían, sin duda objetos de algún robo, tal vez restos de algún barco encallado en aquellos ignorados parajes. Por fin cesó el acarreo de cajas, y desapareciendo los salvajes, todo quedó en silencio...

Solamente a lo lejos se oía el misterioso ruido del árbol, que en aquel momento danzaba una ensordecedora gritería.

CAPÍTULO XIII

En las entrañas de un dios.

Cuando desapareció el último negro por la espesura, Norton, Nettel y Desnancer se levantaron y se dirigieron al punto donde vieron el acarreo de cajas; allí, en el suelo, había una figura de formas poco normales: debía de ser un dios, por los atributos y por las sentencias que, en un lenguaje desconocido para ellos, tenía el pedestal.

Esta figura era de proporciones colosales: tendría lo menos diez y ocho metros de largo el cuerpo, y unas ocho canas (1) la cabeza; los brazos eran de proporciones exageradas; en una mano estrujaba un corazón de fieltro, y en la otra tenía una balanza, signo de la Abundancia (fábrica de embutidos). Tal vez quería decir aquello que la balanza o balanceo oprime el corazón. Debía de ser un dios dedicado a la marina. Su posición era yacente, costumbre que ahorra el pedestal debajo de los pies. Las máximas estaban escritas en pequeñas piedras crepusculares color de aceituna, alineadas por la acción del tiempo y diseminadas en torno del monumento como al azar.

— Pero esto debe de tener una entrada — dijo Nettel.

— Vamos a tocarle algo — arguyó Desnancer.

Mientras, el capitán Norton daba vuel-

(1) La cana, medida usada en Cataluña, es de color blanco y tiene aproximadamente una vara, por lo cual es una medida recta; sirve para averiguar la profundidad en los depósitos de la gasolina.

AVENTURAS FANTÁSTICAS DEL CAPITÁN NORTON

Novela de Pablo Montes.

RECOMENDADA POR EL JURADO DE NUESTRO CONCURSO DE NOVELAS HUMORÍSTICAS

Ilustraciones de Francisco López Rubio.

(CONTINUACIÓN)

tas a su alrededor, buscando un indicio que le permitiera tropezar con la puerta secreta.

Le tocaron la cara, los pies, la cabeza, y no consiguieron gran cosa; una vez hizo un pequeño movimiento, como si fuera a sonreírse; pero nada, desistió el dios de su idea, y quedó tan quieto.

Rendidos, sin saber cómo resolver el misterio de la entrada secreta, decidieron sentarse a descansar; pero cuál no sería su asombro cuando apenas sentados sobre las piernas del dios, tocando involuntariamente en el resorte, se abrió un enorme boquete en su panza, y vieron que dentro de sus entrañas había un montón de objetos. Desnancer, más decidido que todos, se acercó a la boca del estómago del dios, y penetró en los oscuros rincones de sus intestinos; Nettel siguió a Desnancer, y Norton se puso de vigía para avisarles en caso de que ocurriera algún contratiempo.

Las entrañas del dios eran enormes: inmensas galerías partían del centro, hallándose llenas de todo lo más valioso que el mundo encierra: allí se veían diamantes de colosal valor, sartas de perlas, cuadros de Goya, esculturas de marfil holandés, las más apreciadas por los más antiguos faraones, aunque en la actualidad no son tan buscadas. Las monedas de todos los países formaban enormes montones: allí vieron desde el antiguo talento de los Vedas hasta nuestra graciosa moneda sevillana; también había marcos con escudos, y un franco tocando una lira; todas las naciones se hermanaban en aquellos montones de monedas.

— Cogemos algo de dinero — dijo Nettel.

Y llenaron sus bolsillos de oro. Después se dedicaron a coger diamantes y perlas, y por último, Desnancer, arrollando cuidadosamente un Goya auténtico, se lo guardó en el bolsillo interior del gabán.

— Aquí tienes — dijo sentenciosamente Desnancer — un dios con buenas entrañas.

— Subamos — dijo Nettel —, para que entre el capitán Norton a ver este prodigio.

Pero cuando sus cabezas llegaron a tocar la compuerta de entrada, un ruido seco les dejó petrificados: la puerta se había cerrado hermética y misteriosamente. ¿Qué pasaba arriba?

Lo que vamos a contar en seguida: Norton, paseando, había tocado en otro resor-

te involuntariamente y había cerrado la salida a sus compañeros; pero lo más gracioso es que no había reparado en ello hasta que la vió cerrada, y al dios riendo a mandíbula batiente.

CAPÍTULO XIV

Sacrificio del león volador.

Sin obtener resultado positivo en favor de sus compañeros, Norton decidió volver al campamento; y cómo el camino no tenía pérdida, bajó la pendiente, pasó al llano, y cogiendo la senda volvió al lugar del submarino. Lo que le extrañó fué no escuchar los vagnerianos rugidos del león volador, ni tampoco vislumbrar la arborescente claridad del pez luna. «¿Se habrán dormido?», pensó; y llegó adonde debían de estar los dos anfibios. El león aéreo estaba aún allí, sujeto al árbol; pero el pez luna había desaparecido.

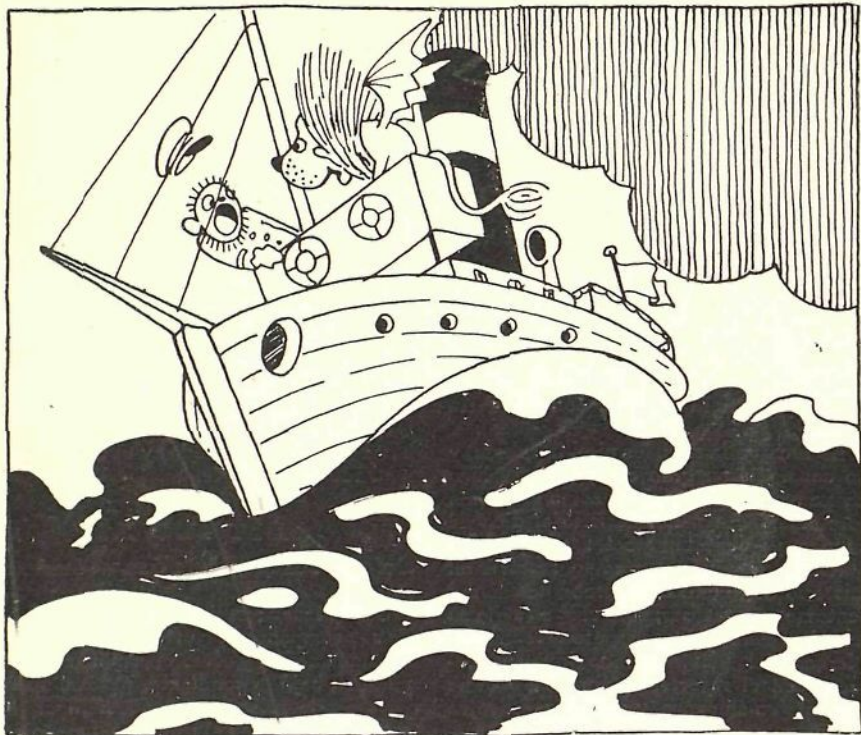
Ya iba a preguntar al león por la luna, cuando éste se puso a rugir cariñosamente, exhalando de su boca una claridad luminica, la cual no dejaba duda del lugar donde descansaba el pez: había sido engullido musicalmente durante un recital del *Ocaso de los dioses*. ¿Por qué procedimiento? Esto quedará en el misterio de una noche de luna.

Se acercó al submarino y penetró en el salón central, sentándose a pensar en lo que haría para salvar a sus compañeros. De pronto se le ocurrió una idea salvadora. ¿Por qué no poner un telegrama a España, indicando lo que les ocurría? Tal vez algún barco mercante los socorriera? Pero ¿cómo hacer esto? Si no sabía ni dónde se encontraba, ¿cómo iba a poner el domicilio del expedidor?

— El león volador será mi salvación — dijo.

Y salió al campo y le desató, trayéndole hasta la sala e indicándole cariñosamente que tomara asiento, lo cual hizo con una soltura que para sí quisieran algunos primeros actores; y ya enfrente el uno del otro, le habló de esta manera:

— Cuando las circunstancias obligan y los momentos apremian seriamente los animales deben sacrificarse; o mejor dicho: para las ocasiones son los amigos. Tú — le dijo tuteándole — no estarás descontento del trato que te damos a bordo, pues como sabes, te has comido hasta la luna y



CAPÍTULO XV

El león volador vuelve.

El león, portador del mensaje salvavidas, volaba sin descanso, surcaba rápido los aires, buscando sobre la inmensa superficie del mar algo sobre que pararse, mientras pensaba:

— ¡Verdaderamente que es cariñoso este señor Norton!

A lo lejos, destacando sobre la enorme masa cenicienta del agua, apareció una leve columna de humo; el instinto hizo marchar al león hacia ella, y ya, cuando al cabo de unos minutos llegaba sobre la cubierta de un piróscapo, se relamía de alegría al sentir entre sus dilatadas fauces la masa compacta y aglutinante del humo.

Después de haber llenado su estómago de esta tonificante materia, se paró majestuosamente sobre el puente, donde a la sazón se hallaba el capitán.

La primera idea del capitán fué algo confusa al ver al extraño animal con su cartera; pero cuando vió a éste saludarle quitándose el sombrero, y que le entregaba la misiva de que era portador, enfocó algo sus pensamientos y leyó el contenido de aquella carta.

La sorpresa quedó retratada al platino en su semblante. ¿Cómo iba él a buscar y a socorrer a unos desconocidos, sin saber dónde estaban? Pero el león, indicándole con sus alas membranosas el horizonte, le sacó de esa duda.

El capitán llamó al segundo de a bordo y le contó lo que ocurría, deliberando sobre lo que podían hacer por los tres perdidos. Pero no se pusieron de acuerdo: el segundo opinaba debían dejarlos abandonados a su suerte (¡bendita suerte!), y el capitán quería volar en su socorro. Tal vez pudiera llegar a tiempo de salvarlos.

Mas pronto terminó la cuestión: el león volador se había apartado poco a poco del grupo, y una vez que estuvo cerca del timonel, al cual se tragó de tres bocados mal contados, con una calma tan natural en los que viven del humo y los sostiene el aire, se había puesto al timón, y mirando la brújula juiciosa y diestramente, empuñó la rueda directriz.

El león volador era incommensurable: lo mismo manejaba el timón que daba las órdenes oportunas para la mejor dirección del barco; tanto es así, que, gracias a su pericia en el arte de marear, pronto se vieron a dos yardas de la costa. Toda la marinería esperaba el momento de tocar tierra; pero lo que les extrañaba era no ver persona alguna en la playa.

De pronto el mar empezó a rugir: el león protestó, pues sobre el asunto él tenía patente. Las olas empezaron a crecer: ya eran como huevos de paloma, ya como melones, ahora como banastas de fruta, luego como casas; aquello se puso terrible, tanto, que a los pocos minutos no se veía tierra, ni se escuchaba otro ruido que el de las enfurecidas olas al abrazarse traídonamente.

(Se continuará.)

no se te ha reprendido. (El león volador le miraba como queriendo hablar.) Por lo cual, ahora que tienes que hacer un gran sacrificio por nosotros, debes prestarte cariñosamente a complacernos. A nuestro lado vivirás tranquilo, y cuando llegue tu vejez y flácidas tus alas no te sostengan, en lugar de caer moribundo sobre algún paraje extraño, aquí, a nuestro lado, tendrás entierro, médico y botica. (El león vierte dos lágrimas de agradecimiento ligeramente iluminadas.) Lo que de ti esperamos, pues te hablo en nombre de todos, es lo siguiente: ¿Quieres llevar una carta a España, indicando nuestra situación desesperada, y volver marcando el camino que deben seguir hasta dar con nosotros? (El león lloraba ya a raudales de luz.) Veo que sí, que aceptas el encargo; tus lágrimas me lo afirman; descansa esta noche en el lecho de Nettel, y mañana por la mañana partirás para esa España que tanto amamos.

Y le condujo de la mano al cuarto, mientras de sus ojos opalinos se escapaban miradas de agradecimiento. Norton, ya solo, se puso a escribir la misiva que debía de llegar a España.

«Salvadnos; estamos perdidos en unas regiones ignoradas, creemos que en el Africa central, pero bien pudiera ser en el Orinoco. Para guía os mandamos ese animal inofensivo y agradecido, el cual os guiará mejor que la casa Claes. Los momentos son precisos: dos de mis compañeros, abandonados en las entrañas de un dios sin entrañas, os esperan; traed un cerrajero mecánico. Confiando en la corrección del que esto lea, bendicen su corazón tres perdidos, perdidos.»

Amanecía cuando la aurora pálida empezó a darse toques de carmín, ni más ni menos que una niña *bien*. Norton se acercó al lecho del león volador, que en este momento se ponía las botas ante el espejo, y le saludó; él le dió la mano, y de común acuerdo le colocó una cartera al cuello con la carta y un bracelete de la Cruz Roja en el brazo, por si pasaba por alguna nación en guerra; se despidieron con un apretado abrazo.

El león partió, y Norton, desde la cumbre de un árbol, contemplaba cómo se alejaba por el infinito en dirección a su patria; no pudo menos de llorar su tristeza: solo, abandonado en un país extraño y a unos metros de un dios en cuyo estómago de piedra se digerían sus dos compañeros de infortunio.

Ya iba a bajar del árbol, cuando un ligero rumor de cosas lontanas le hizo mirar al suelo; algo ocurría de anormal allí, a sus pies: una cuadrilla de negros de mala catadura penetraban en el submarino, y a los pocos momentos vió tristemente que las cajas almacenadas eran conducidas sobre los hombros de aquellos malditos negros.

Tuvo intención de bajar del árbol, pero le contuvo el temor de caer prisionero; además, una rama espinosa que se le había metido en el bolsillo, le impedía el descenso.

Cuando aquella asquerosa caravana hubo desaparecido, descendió, y siguiéndoles cautamente, vió con marcada sorpresa que las cajas eran encerradas en las entrañas del dios. Aquello le inspiró una idea asombrosa, y marchó de nuevo al submarino para ponerla en práctica.

DEL BUEN HUMOR AJENO

VEINTIÚN BAÑOS, por Edouard Osmont.

El médico concluyó de esta manera:

— En resumen, señor mío: su caso no tiene ninguna gravedad; los males que le aquejan provienen de un absoluto desconocimiento de la higiene: ni se mueve usted ni hace ejercicio; necesita usted tomar el aire, los baños de mar... Eso le repondría.

El señor Courbevois se quedó pensativo.

— ¡Los baños de mar!... Pero, doctor, si no los he tomado en mi vida, y temo que a mi edad...

— ¡A su edad!... Usted no es viejo. Estoy seguro de que soportará usted el agua fría.

— Y ¿cuánto tiempo debo estar en la costa?

— Tome usted veintiún baños, que es la cifra clásica, y son suficientes...

Cuando la señora Courbevois conoció el dictamen del médico, no dejó de criticar amargamente las complicaciones de la terapéutica moderna, afirmando que, en sus tiempos, sin hacer tantas tonterías, estaba la gente mucho mejor. La digna señora apreciaba el dinero en su justo valor, y todo gasto imprevisto la hacía estremecerse: la perspectiva de un viaje, de una estancia, en la que, según su expresión favorita, todo costaba un ojo de la cara, no le inspiraba mucho entusiasmo, y ya calculaba melancólicamente la cantidad que había que extraer de las economías del año actual. Además, la señora Courbevois no miraba sin dolor la pérdida de sus queridas costumbres, de sus murmuraciones en las visitas y sus tertulias en los comercios. Sin embargo, tuvo que decidirse a partir; los preparativos dieron origen a mil escenas penosas; el viaje fue para él un verdadero suplicio, ya que su mujer le hacía responsable hasta de la elevación de los precios.

El primer baño del señor Courbevois fue algo épico: no estaba acostumbrado al agua fría, y desde que empezó a mojarse las rodillas la sensación le pareció infinitamente desagradable. Se salió, prometiendo para el día siguiente una tentativa más seria; pero la presencia de su mujer,

amenazadora, con sus voces y ademanes, le dió nuevo valor. Siguió avanzando lentamente, a pequeños pasos; pero cuando una ola le mojó la boca del estómago, instintivamente echó a correr hacia la orilla a gran velocidad.

Pero la señora Courbevois velaba...

Verdaderamente, ella no aprobaba el tratamiento del agua fría; pero puesto que se había aceptado al principio, era preciso que se siguiese de una manera seria, ya que se había gastado el dinero, y dijo a su marido:

— Hazme el favor de volver inmediatamente al agua. ¡Ni te has mojado siquiera!...

— Mira, hoy, por ser la primera vez...

— Nada. Lo mismo la primera que la última.

— ¡Si tú supieras como está de fría!...

— Nada, nada. Tienes que tomar tus baños seriamente.

El desgraciado imploró:

— Mañana estaré más tiempo. Si tú

quieres, éste no se cuenta, y empezamos a contar desde mañana.

— Pero ¿tú crees que tenemos tiempo que perder? — rugió la esposa —. ¿Es que te imaginas que te voy a dejar tomar baños que no se cuentan, para eternizarnos aquí?

El bañista, de buen o mal grado, tuvo que alejarse y estar en el agua más de un cuarto de hora. Salió tembloroso y dando diente con diente; su mujer le envolvió en una sábana y le friccionó con vigor. La señora Courbevois parecía absorbida en sus preocupaciones; pero de pronto exclamó:

— ¡Mira, nos quedan tres cuartos de hora hasta la comida! ¿Por qué no tomas el segundo baño?

— ¿El segundo baño?...

— Sí, tienes tiempo; así no quedarán más que diez y nueve, y eso ganaremos.

— ¡Ah! No. ¡Gracias!... Ya es bastante por hoy.

— Piensa que pagamos treinta francos diarios de hotel, y que así nos iremos antes.

— Me es igual; está demasiado fría.

— Haz lo que te digo; el dinero es muy difícil ganarlo para que se despilfarre.

El señor Courbevois, sin atreverse a resistir la fiera mirada de su mujer, bajó la cabeza y se volvió al mar. Cuando salió, su amable mujer le interrogó:

— ¿Ves cómo no te has muerto?

— Es asombroso cómo se acostumbra uno a todo; hasta me ha parecido menos frío.

— ¿Lo ves? — exclamó la esposa. Y después, como no perdía de vista la economía doméstica, agregó:

— La verdad es que podías tomar otro baño:

— ¡Oh!...

— Ya que empiezas a acostumbrarte, hay que aprovecharlo.

— ¿Tú crees...?

— ¡Seguro!

El señor Courbevois no se hizo de rogar. Al salir, su mujer, decididamente insaciable, le excitó a tomar el cuarto baño, y después el quinto, y continuando así, entraba en el agua, permanecía un cuarto de hora, iba a secarse, descansaba un momento, y volvía a comenzar, y así...

Al obscurecer, los paseantes se asombraban de ver un



MÉTODO PERSUASIVO

— Pero, hombre, ¿qué espera usted para sacarnos de este apuro?

— La propina, señor; porque la excursión ha terminado...

(De Le Rire, Paris.)

hombre que se tambaleaba en el agua, y una mujer que, de pie en la arena, le alentaba. ¡Era el señor Courbevois, que tomaba el baño vigésimo primero de la temporada!

Al día siguiente, acabado el tratamiento, el matrimonio se apresuró a volver a la capital. Pero de su estancia en la costa el señor Courbevois no obtuvo ningún beneficio, como no fuese un fuerte reuma. Por esto, la señora Courbevois sigue vociferando contra la terapéutica moderna.

A. R. H.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa que se nos envíe, debe dirigirse al apartado de Correos número 12.142.

J. S. P. Madrid. — No está mal dibujado; pero no nos gusta uno de los chistes. El otro es muy conocido.

J. R. G. Noya (Coruña). — Idem id. Artagnan. Algeciras. — Sí, señor. Se recibieron sus poesías, y se publicarán Cuatro y Cinco. Avila. — La suscripción se la empezaremos a servir en 1 de agosto.

Piscis. Zoco del Jemis de Beni Aros. — Muchas gracias por los elogios poéticos que nos dedica en su postal.

Madecán. Madrid. — En cambio, usted en sus versos nos dice una enfermedad de cosas feas. ¡Así es la vida!

El Gallito Chico. Madrid. — En nuestra corta existencia hemos recibido cosas sorprendentes; pero ninguna como ésta de usted. ¿Quiere decirnos con qué objeto nos envía, copiado a máquina, el papel de Nicasia de El clima de Pamplona? ¿Es para que tomemos parte en una función benéfica?

Peliperhu el de Barrinkúa (¡Atizal). Bilbao. — No hay razón para que el rubor coloree sus mejillas. Los versos prometen algo; sobre todo uno de ellos: ¡Ay, amor, cómo me has puesto! Insista usted.

CUPÓN

correspondiente al número 35
de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.

Maboro. Constantina (Sevilla). — Hombre, eso de la mascarita del baile que resulta ser la suegra o la mujer, está muy gastado. Lo otro tampoco vale mucho.

A. B. Lino. Gijón. — ¿Verdad que no se enfada usted si le decimos que no vale nada su cuento?

A. S. M. Melilla. — Vamos a publicar aquí sus versos, para que rabien nuestros detractores:

«¡VIVA «BUEN HUMOR»!

«Tu genio siempre fué triste,
querido amigo Ramón,
y te encuentro muy alegre
desde que lees BUEN HUMOR.

«Si desde pequeño hubieses
leído ese semanario,
no hubiese sido tu genio,
como hasta ahora, tan hurano.

«Y si novia tienes ya,
te lo juro por mi honor,
es porque otro genio tienes
desde que lees BUEN HUMOR.»

Este caso de Ramón, que hasta encuentra novia gracias a nosotros, no puede menos de llenarnos de lógico orgullo.

EL BUEN HUMOR DE NUESTROS CLÁSICOS

El mejor mondadientes.

A una vieja que ignoraba
quince lustros que tenía
y un mondadientes llevaba
(aunque sin ellos estaba),
un galán le dijo un día:

— Deja los impertinentes
modos de engañar las gentes
con que mientes desengaños,
Elenarda, porque tus años
son el mejor mondadientes.

J. POLO DE MEDINA.

✻ ✻ ✻

A un marqués que quedó viudo.

El marqués y su mujer
contentos quedan los dos:
ella se fué a ver a Dios,
y a él le vino Dios a ver.

ANÓNIMO.

D. P. del A. Almería. — Su carta ha tenido un gran éxito por aquí.

El Licenciado Vidriera. Bilbao. — Muchas gracias, amigo; pero si hemos de serle francos, no hemos entendido una palabra de su drama. Puede que la cancha le reserve a usted mejores éxitos.

Amadís. Madrid. — Puestos ya en el plan de sinceridad, vamos a decirle que el género de los epigramas pasó a la historia. Pero si es una equivocación hacer

epigramas, peor es hacerlos mal. Ahí va una muestra:

«Ayer vino a verme Fraguas
con los mil versos mejores
de su poema Las Aguas;
y al dar mi opinión a Fraguas,
dije: — Son Aguas mayores.»

«Inés, con gran ambición,
de un vizco va a ser la presa,
porque dice, y con razón,
que así será vizcondesa.»

¿Eh?... ¿Qué tal?... ¿Hay gracia, o no hay gracia?

A. F. G. Málaga. — ¡Hombre, es demasiado fuerte!...

V. E. El Escorial. — Sentimos mucho que esté usted tan poco afortunado en los originales que nos envía.

No se devuelven los originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos. Bastará la sección de Correspondencia para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

P. S. Bilbao. — Pasemos por alto eso de Mujeres y flores. Lo intolerable es eso de: «... Era El santo de la Isidra, La viuda alegre, que se pasaba el día A la puerta del cuartel Jugando a las cuatro esquinas con Militares y paisanos...» ¿Cree usted que a la altura del siglo en que estamos se pueden hacer ya esas cosas, con la ingenuidad de creerlas originales?

Novel. — ¡Tiene tan poca gracia!...

El Señor de Bembibre. Madrid. — ¡Si resucitara Gil y Carrasco, le rompía a usted un hueso! ¿Es usted, por casualidad, un conocido nuestro, que es del Vierzo, por más señas?

Kamell. Sigüenza. — Haga usted otra cosa que no sea imitar a la Sonatina, que eso lo ha hecho ya todo el mundo. Para recibir bien los números, nos permitimos aconsejarle que se suscriba.

Un madrileño sin gracia. — Algo, algo hay de eso...

El otro. Zaragoza. — Tampoco es usted el que lo hace bien; a ver si queda otro por ahí.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

CUPÓN NÚM. 5

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de julio.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Empezará el primero de cada mes.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números)	5,20 pesetas
Semestre (26 —)	10,40 —
Año (52 —)	20 —

PORTUGAL

Trimestre (13 números)	6,20 pesetas
Semestre (26 —)	12,40 —
Año (52 —)	24 —

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre	12,40 pesetas
Semestre	16,50 —
Año	32 —

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre	\$ 6,50
Año	\$ 12,—
Numero suelto	25 centavos

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5. — MADRID



Calzados PAGAY

LOS MAS SELECTOS, SOLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Via, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., matando la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos.

Loción Belleza Para el cutis. Es el secreto de la mujer hermosa. La mujer y el hombre deben emplearla para rejuvenecer su cutis. Firmeza de los pechos en la mujer. Es de gran poder reconocido para hacer desaparecer las arrugas, granos, erupciones, barros, asperezas, etc. Evita en las señoras y señoritas el crecimiento del vello. Completamente inofensiva. Deleitosa perfume.

Es el ideal. Rhum Belleza Fuera canas. A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues, sin teñirlos, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.



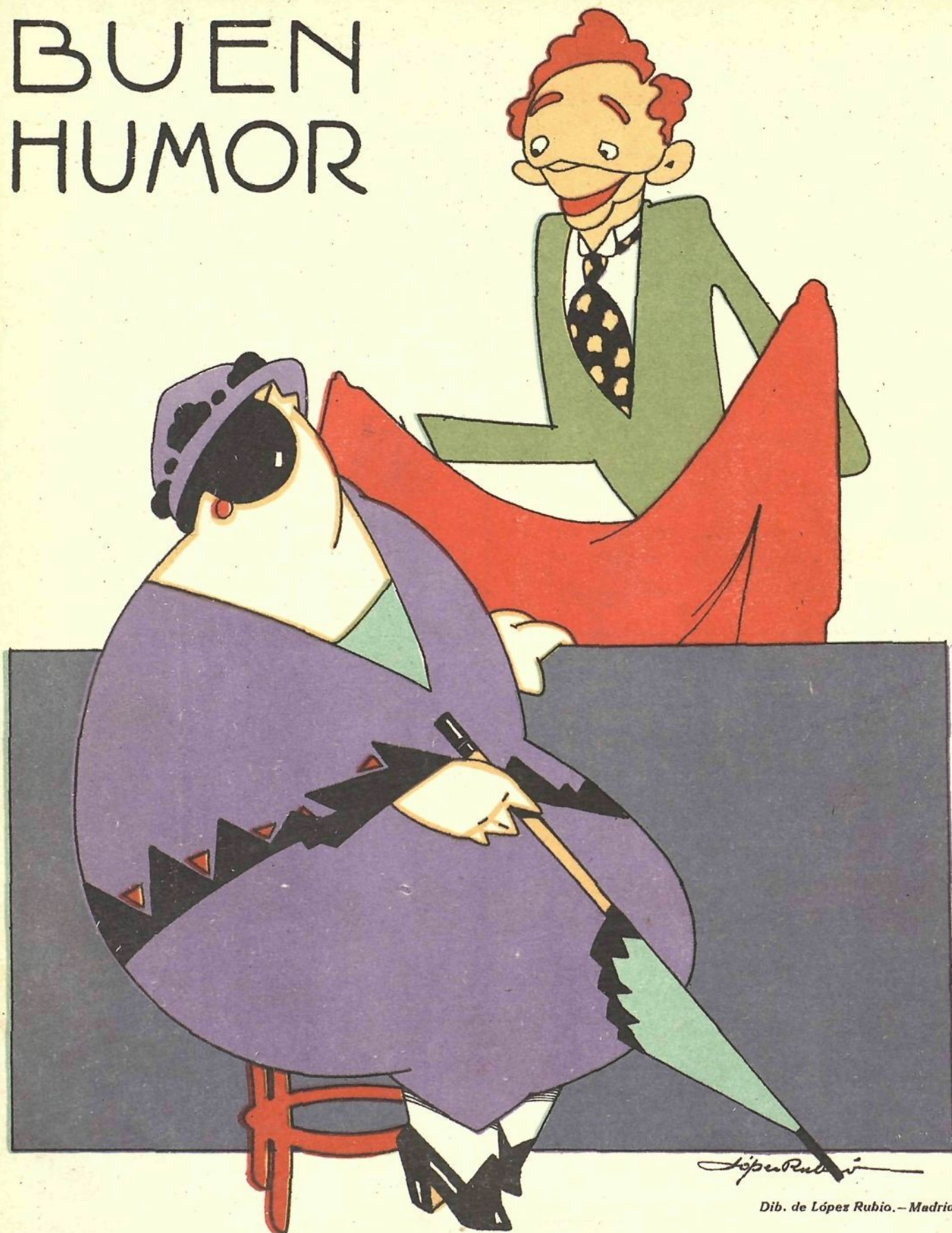
CREMAS BELLEZA (Blanca y rosada.) (Líquida o en pasta espumilla.) Última creación de la moda. Sin necesidad de usar polvos, dan en el acto al rostro, busto y brazos blancura y finura envidiables, hermosura de buen tono y distinción. Son deliciosas e inofensivas.

TINTURAS WINTER marca BELLEZA. Tienen en el acto las canas. Sirven para el cabello, barba y bigote. Se preparan para Castaño claro, Castaño obscuro y Negro. Dan colores tan naturales e inalterables, que nadie nota su empleo. Son las mejores y las más prácticas.

Polvos Belleza Alta novedad. — Únicos en su clase. Calidad y perfume superfinos y los más adherentes al cutis. Se venden Blancos, Rosados y Rachel.

DE VENTA en principales perfumerías, droguerías y farmacias de España, América y Portugal. En Canarias, droguerías de A. Espinosa. Habana, droguerías de E. Sarra. Buenos Aires, Aurelio García, calle Florida, 139. FABRICANTES: Argenté, Costa y Comp. — BADALONA (España).

BUEN HUMOR



Dib. de López Rubio.—Madrid.

La esposa del jugador

- ¿Y dice usted que este color es inalterable? No sé si le agrada a mi esposo.
- ¡Oh! Sí, señora. Puede usted llevarlo con toda tranquilidad. Este encarnado no pierde.